

CENIT

sociología
ciencia - literatura



Plácido Bravo : Hoja por hoja.

Selección de W. Muñoz : El pensamiento vivo de Antonio Zozaya.

Eusebio C. Carbó : Afán de ver claro, sinceridad y convicciones.

R. García : Opresión y revolución.

Floreál Ocaña : Valor de la duda y del ser.

V. M. : ¿Qué es el amor?

A. E. Lysenko : La anarquía.

Selección de W. Muñoz : Los arraigados.

Miguel R. Valdivieso : Un ángel sin alas.

Denis : El ladrón.

Suno : Microcultura.

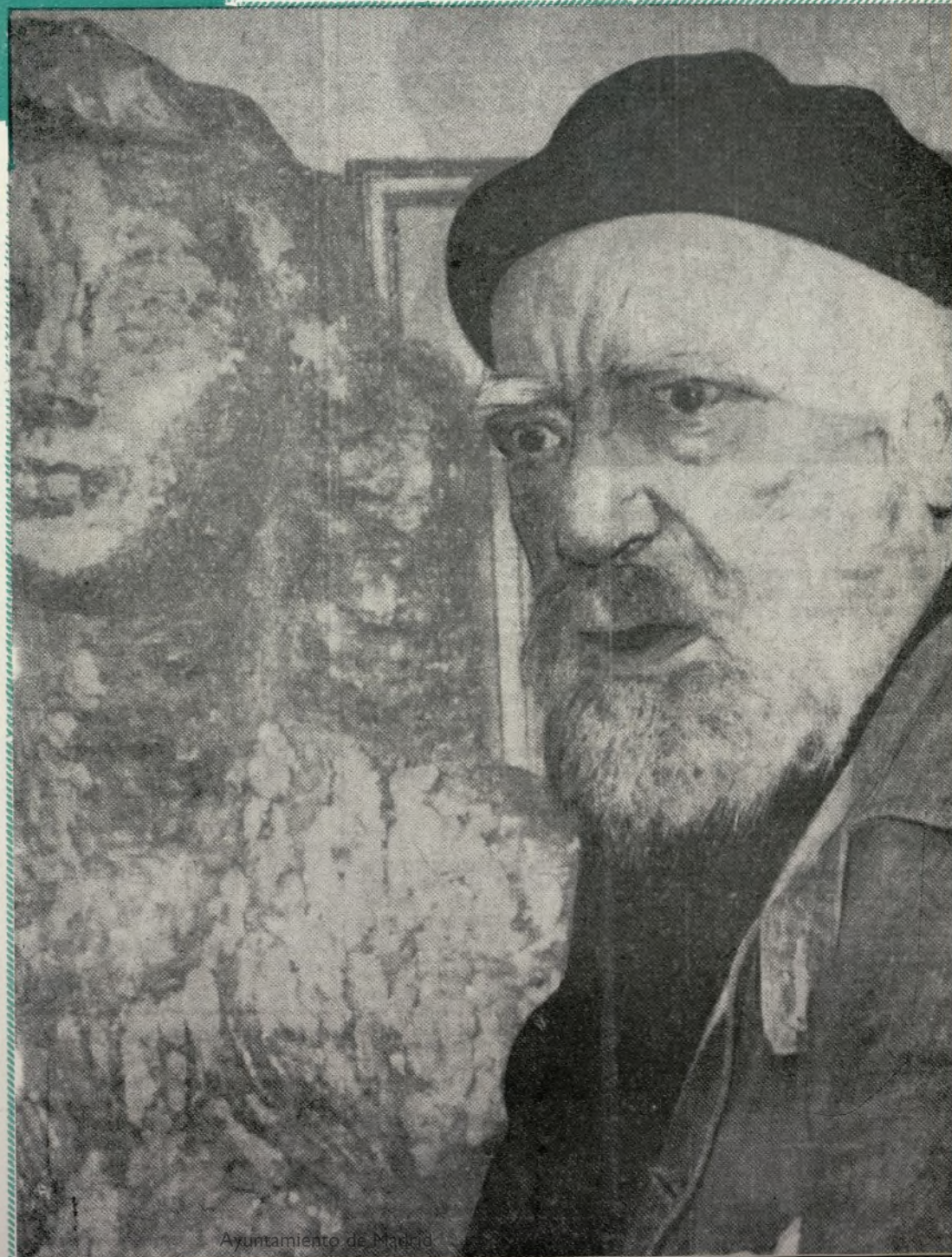
Campio Carpio : Poesía del destierro (folletón encuadernable).

131

NOVIEMBRE - 1961

REVISTA MENSUAL

PRECIO : 1,00 NF



Ayuntamiento de Madrid

Nuestra portada

AUGUSTUS JOHN

Consideramos que la figura de Augustus John, gran pintor inglés que acaba de fallecer, rodeado del afecto y la admiración de todos los hombres de izquierda de la Gran Bretaña, merece que CENIT le dedique unas líneas e incorpore su imagen a la galería de retratos que constan en sus portadas.

Augustus John fue gran amigo de la España revolucionaria. En 1936 no vaciló en sumarse a los que defendían y hacían cuanto les era posible por vencer la oposición de las clases pudientes, con-fabuladas, en torno a Chamberlain y Eden, contra la causa del pueblo español en su lucha contra el fascismo. Después se sumó a todos los actos de protesta de los exilados contra la dictadura franquista.

No faltó jamás su concurso y su presencia en cuantas mani-festaciones se organizaron en Inglaterra, sea contra el fascismo, sea contra la guerra. A los 83 años, poco tiempo antes de morir, aún formó el cuadro junto a Bertrand Russell, Alex Confort y to-dos los pacifistas y antifascistas ingleses, contra los ensayos nu-clears, desfilando por las calles de Londres.

Este artista, celebrado y admirado por el público y la crítica, fue un gran rebelde, un inconformista, un anarquista, en su acti-tud y en su pensamiento, que no escondió ni disfrazó en ningún momento de su vida.

CENIT se honra, honrándole.



REVISTA MENSUAL DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Redacción:

Federica Montseny, José Borrás, Miguel Celma

Colaboradores:

José Peirats, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández,
Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert
Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio,
Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman,
J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina,
Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán
Desiré, Doctor Juan Lazarte, Renée Lamberet,
A. Prudhommeaux

Precios de suscripción. — Francia: Trimestre, 3 NF.

Semestre, 6 NF. Año, 12 NF.

Número suelto, 1 NF.

Paqueteros, 10 % de descuento

Exterior: Semestre, 7 NF. Año, 13 NF.

Giros: « CNT », hebdomadaire. C.C.P. 1197-21,
4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute Garonne)



REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año XI

Toulouse, Noviembre 1961

Nº 131

HOJA POR HOJA

GUIAR al ciego hacia fatal precipicio, a sabiendas, pero narrándole iluminado paraíso, y aun para él visible, es una monstruosidad maquiavélica. ¿Convenido?

Despojar al octogenario, inválido y sufrido de sus dos preciosas muletas y de sus cuatro ochavos miserables, a cambio de amuletos y boletos de la fraudulenta lotería celestial, ¿es, o no es, una malvada superchería?

Y, ¿puede verse chanza más cinica que observar el zancadilleo del cual es víctima el tierno infante en sus primeras tentativas pedestres, juego al que tantos adultos se entregan desterrillándose de risa?

Todo esto que explicitamente digo, tú también, amigo lector, lo habrás visto, y puede que hasta lo hayas sufrido.

Pues sí. ¿Qué me dices del tríptico esculpido en el frontispicio de aquel edificio?

Yo lo he visto grabado en cuarteles y cárceles, palacios y hospicios. Infundio y escarnio: he ahí las características de nuestro malhadado siglo.

..

Mas pese a tal — Libertad, Igualdad, Fraternidad — sigue en pie. Esta divisa, que tanto enalteciera a la Revolución gala del XVIII siglo a los ojos de los pueblos oprimidos, pervive. Legada por ella, y por ella malparada, después de varias generaciones extintas, prosigue erguida y resplandeciente su camino, aunque tras varios intentos costosos para plasmarla, los felices usufructuarios no hayan aparecido.

Pero ayer como hoy sigue la

trilogía siendo viva. Porque es poema inspirativo y lírico para el poeta artista, y acabada síntesis para el sociólogo científico. Y es compendio positivo del historiador objetivista, como es suprema teoría de filósofo esclarecido. Todo pueblo lucha para concretar tal símbolo; y, asimismo, todo tirano, en la empecinada persecución de este espectro, se distingue.

Recientemente decía un célebre biólogo que las tres importantes y primordiales visceras del organismo humano — cerebro, estómago y corazón — representaban lo que al cuerpo social son los tres conceptos apuntados.

Magnífico hallazgo comparativo, en efecto.

Cerebro adogalado por el dogma sólo puede incubar desatinados pensamientos. Si aprisionado por el miedo se halla, cuanto de él puede esperarse lleva el sello de la desesperación o el marchamo de la sumisión. Si inculato e ignaro, condenáronle injusticias ¿qué sacará? Ideas mezuquinas, trilladas y estériles. La igualdad es, entonces, mitológica.

En cuanto al estómago, reple-

to o vacío, cierto es que no piensa, pero induce, según se halla, a pensamientos de diferente índole. Estómagos enfermizos y encogidos codeándose con otros ulcerosos por ahitos, no pueden fraternizar ni armonizar como desearan los jerarcas eclesiásticos de nuestro siglo.

La felicidad del hombre en sociedad no se comprende sin la fraternidad como vínculo. Pero la ciudadanía fraternal y libre, la camaradería justa y equitativa, y la hermandad espiritual que pretendieron hacer reinar — cada uno en su tiempo, a su modo y lugar — los jacobinos, los bolcheviques y los de Cristo, de todas ellas, ni la sombra hemos visto.

¿Por qué no las hemos visto?

Trataremos de averiguarlo en otro capítulo.

Hoy finalizo con la fórmula sintética brindada por el biólogo referido aunque, debido a mi desfallecida nemomía y a lo congestionado de mi archivo, su nombre no cite.

Decía: Libertad + Igualdad = Fraternidad.

¿Y, qué es, más que esto la Anarquía?

PLACIDO BRAVO

«El palacio domina a los hombres.

La fragua el hierro, retorcido como un condenado».

F. ALAIZ en «Quinet»

Los grandes pensamientos
vienen del corazón.
Vauvenargues

Es hermoso ser joven: pero también es hermoso doblar la cumbre de la vida adquiriendo la razón que nos hace más sabios, la austeridad que nos hace mejores.

Lamartine amaba a la juventud... que no duraba siempre. Los antiguos, queriendo simbolizar la belleza, no pintaron a un niño, sino a Marte, a los treinta años. Al representar al vigor esculpieron a Hércules a los cuarenta. La razón fué encarnada en Homero con la belleza de la senectud.

Recordad vuestra hermosa juventud y esperad la luminosa vejez. Abrazad a los rosados niños y descubrid ante los encanecidos padres. La juventud eterna sería una promesa incumplida; perdamos el cendal de la inocencia para adquirir la púrpura de la racionalidad.

Yo idolatro a los niños. La primera razón... porque no son hombres. Después, porque conservan en su frente el sello del infinito de donde proceden, como los octogenarios el de la eternidad a que van a volver.

La existencia es un punto entre dos espacios eternos; una luz entre dos infinitas tinieblas.

Todo árbol cercenado es una acusación; porque todos llevamos en nosotros algo de ese instinto inconsciente que hizo consagrar el pino a Cibeles y a Júpiter la encina.

En ninguna parte como en el bosque nos sentimos a solas con lo absoluto, y sólo en sus impenetrables umbrías sentimos palpar en torno nuestro la fecundidad de la Naturaleza madre y escuchamos el rumor misterioso de la renovación universal.

La vida es eso: evolución, renovación, lucha, progreso, venturas que alborcean y dolores que pasan.

Comer, beber, gozar, dormir: tal es la moderna obsesión. Pero cuando todos los hombres se hayan revolcado en su lecho de puerco ahito, ¿qué quedará de esos grandes conceptos, de esas generosas y nobles ideas, sin las cuales el mundo es cloaca, la Naturaleza infame triclinio y la vida grosero espasmo, que destruye y agota las causas mismas del vivir?

¿Que la dicha es un ensueño imposible? Dejados esa ansia de lo absoluto, que es el resorte de la vida; permitidos que alcemos la mirada a la felicidad, como la alza el minero

al jirón del cielo, lleno de luminarias y esmaltes, desde el fondo subterráneo.

Proyectar es vivir para el hombre que piensa, esperar es alentar para el ser que siente. Quitádnos con la perspectiva del futuro el recuerdo de lo pasado, y ese presente tan precioso no valdrá la pena de vivirse. ¡Proyectar! ¡Sí, eso precisamente es lo que distingue al hombre del bruto!

Cuando todo se haya alcanzado, cuando toda perfección se haya conseguido, cuando el hombre convertido en dios mitológico nada tenga ya que esperar, el mundo habrá tocado a su fin, será, sin el llamamiento del porvenir, un arca vacía y un arpa sin acordes, y el frío del corazón de los hombres habrá apagado el calor de los astros.

No: no vale la posesión lo que el deseo ni equivale el año vivido al que desea vivir. La juventud es bella porque es un alcázar de proyectos, un sembrado en que sólo la esperanza florece. El amor se marchita al hacerse carne y el poeta lo ha dicho: animalia post coitum tristia.

La evolución social implica eso: un mayor predominio de la inteligencia sobre la fuerza, alma mater de las sociedades primitivas, una emancipación para los humildes del trabajo manual por la aplicación del intelecto, dándoles un nuevo estado de ideación, de conciencia y de vida. En el desenvolvimiento de la ley del progreso, jamás la historia ha discernido el triunfo a las máquinas, sino a los hombres.

Para que el proletariado triunfe, necesita intelectualizarse. La victoria es de los más adaptados y el medio lleva, de cada vez más, impreso el sello de la inteligencia del hombre.

Viendo un cielo plomizo, alegraba a Emerson el recuerdo de su rincón a la lumbre. Tal vez para dominar las más hondas melancolías es preciso sufrir las inclemencias de la Naturaleza irritada, como aquel prisionero de Tolstói, que aprende a saborear el placer de vivir descalzo y hambriento a través de la estepa.

La juventud tiene algo más que hacer que conquistar puestos, asegurar prebendas, mirar por el día, que acaso no llegue, de mañana. Para

ella deben ser los lugares de peligro, los enardecimientos impersonales, los no superados altruismos. Una juventud sirviendo de viejo pedagogo y meditando en los peligros del porvenir, buscando fórmulas de concordia y arreglos de intereses, es algo marchito y sin fragancia, caduco al nacer, vacilante en el umbral de la vida y trémulo y encorvado en la cuna.

Los jóvenes son aquellos que, aun teniendo la piel arrugada y los cabellos grises, conservan el entusiasmo por las ideas, el desprecio a las componendas egoístas y la visión luminosa y ardiente de las cosas del porvenir.

Lo que me inspira compasión en las calles no son las rameras. Son los hombres que van buscando el amor de un duro, porque no saben merecer el que no se paga con dinero.

Los que emigran no son nunca los incapaces. Esos se resignan y mueren acurrucados en los tugurios, escondidos en los más ocultos parajes, más temerosos que de la muerte, de la rebelión. Son los fuertes los que formulan la protesta viril, los que desprecian al fabulista que les habla de las falsas grandezas de las naves que van y tornan; porque ellos jamás piensan volver a esa tierra que les niega sus frutos, al fondo de esa sociedad que se interpone entre el surco y el troje para apoderarse de la semilla, a la comunidad de unos hombres que no sienten piedad de los niños que tienen hambre ni de las madres que les aprietan contra su seno para que no les vean llorar.

No se si ha sido Bebel quien ha dicho que el criado doméstico es de peor condición que el esclavo que trabaja en las minas. Una criada no tiene derecho al pudor. Se la supone siempre una corruptora de nuestros hijos. Y son ellos a veces los que abusan de su soledad y desamparo, y la acechan, la persiguen, la rinden, y por último, la abandonan, riendo de su cobardía como de una preciosa haña. La infeliz se encanalla o muere.

La belleza de la Naturaleza se ha cantado en todos los tonos; pero en ella no se encuentra sino por accidente la línea recta, la más noble y grandiosa, ni es posible hallar la armonía simétrica. La selva virgen es siempre menos hermosa que el bos-

de Antonio Zozaya ★

que cultivado, sea cualquiera el parecer de Ruskin. La hembra salvaje es menos hermosa que la mujer civilizada, y el Partenón tiene más grandiosidad que la caverna del gorila. Sin embargo, la Naturaleza no es antiestética. Es sencillamente indiferente a los conceptos evolutivos que de ella y de las ideas forman los hombres.

Hay que volver a la Naturaleza, seguir el precepto de Lucrecio, escuchar el grito de los nuevos apóstoles de la humanidad. Pero sépase bien: hay que volver a la Naturaleza del hombre, no a la del bruto. En ella residen los gérmenes de toda verdad con la razón, de toda belleza con el instinto, de toda justicia con el imperativo categórico. Y en esa naturaleza humana tan calumniada, pero tan invencible, encontraremos energías para luchar contra toda regresión imposible al fanatismo y a la opresión despótica, y contra todo naturismo brutal que quiera, en nombre del progreso, hacernos regresar a la edad del oso de la espelunca.

En la vida, la decadencia inferioridad mental femenina no se ve por ninguna parte. Gobernados estamos por los hombres y no pueden hacerle peor. Las mujeres dan menor contingente al crimen, al suicidio, al alcoholismo y a la barbarie.

Es preciso no haber visto niños y niñas para ignorar que éstas son siempre más reflexivas y más discretas. Es menester no haber observado obreros y labriegos para ignorar que hay más brutalidad, pero mucha más en ellos que en sus mujeres. Es necesario vivir fuera del mundo, para desconocer que allí donde se reúnen personas cultas, parten del sexo femenino todas las voces de tolerancia, todos los rasgos de perspicacia, todos los arranques de dignidad y de pundonor, que no suponen el más despreciable de los talentos.

Y en punto a pequeñeces... Llena lleva el alma de heridas; ninguna de ellas ha sido abierta por la bendita mano de una mujer. Hasta cuando alguna me ha parecido repulsiva, he encontrado tras ella la odiosa sombra de un corruptor o de un consejero, de un amante o de un cortesano, de un mal padre o de un mal marido, de un rastacuero o de un confesor.

Todos los días vemos amantes des-

pechados que acuchillan a sus queridas, maridos que golpean a sus esposas, padres sin freno que martirizan a sus hijas. Todas las personas nobles claman en vano pidiendo un poco más de misericordia, de piedad, de respeto, de enaltecimiento y dignificación para la mujer.

La acusación más grave que se hace a la mujer para justificar su vil estado de dependencia, no es, como se viene creyendo, su menor desarrollo intelectual, no es su ineducación, no es siquiera su propensión a la fatiga y a la pereza; es su supuesta incapacidad para todo sentimiento impersonal, para toda delicadeza afectiva. Se la supone dispuesta a la sensible, a la emotividad de escaleras abajo. Jamás a la emoción pura y sincera que producen las grandes ideas y el ansia de perfeccionamiento y mejora. Ella se deslumbra ante el colorín; ella sólo sabe ver a Dios en el templo, a la patria en la bandera y los uniformes, a la verdad bajo las mucetas, a la caridad en los festivales. Se la equipara al triste salvaje a quien deslumbran los espejuelos, pero que es incapaz de admirar la belleza del color y la línea; a la lugareña que prefiere las toscas bayetas a los más finos y hermosos brocados. ¿Es ocasión para la mujer de prestar solidez a esa falsa creencia, dejándose deslumbrar por lo cursi, lo aparatoso, lo falso, por el valor de relumbrón, el patriotismo de zarzuela y la coquetería de villorrio?

El origen de la tiranía reside en el cuerpo social; está en el criterio fundamental erróneo que da a un hombre facultad para disponer de la vida de otro y considera que el dolor es la fuente de vida.

Todos llevamos dentro un tirano porque hemos sido amamantados en unas enseñanzas sombrías, que, divorciando el cuerpo del alma, han erigido la expiación en bienaventuranza, la crueldad en pedagogía, la persecución en obra piadosa, en medicina el látigo y en escuela de ciudadanos la lucha de fieras. Y de esta manera, no pudiendo romper ese círculo metafísico, volvemos siempre al punto de partida, como en los corsi e ricorsi de Vico, pasando alternativamente por el progreso y por la barbarie, por la libertad y por la servidumbre.

Renegar... ¿de qué? El vil apóstata, el necio, reniega; el sabio sintetiza y adivina el mismo ideal bajo sus madre nos besó en la mejilla; jóvenes, una mujer abrasó en pasión nuestros labios; hombres, posan sobre nuestra frente los niños su boca encendida. Y quedan los amores, aunque pasen los besos. Y toda idealidad es un ósculo que se graba en nuestro cerebro, una chispa de ese juego absoluto a que todos llevamos un haz para alumbrar a las generaciones que vienen.

La pasión por la Libertad, por la emancipación de los hombres de carne, por la evolución que ha de realizarse y se realiza, cuenta también sus perseguidos y sus ascetas. ¿No es cierto sombra augusta, que con mano piadosa y febril restañaste la sangre de mi progenitor en las barricadas?

Sacrificarse por la verdad eterna... ese es el don de los elegidos, de aquellos que escuchan en todo silencio el compás del eterno ritmo y en toda discordancia la cadente armonía y el supremo compás de lo que nunca muere.

Belleza analizada es belleza perdida. El Arte es el misterio; no rasguemos sus nieblas si queremos que permanezcan en nuestras copas gotas del bálsamo inmortal que hizo venturoso a Salomón.

Guyau, un tierno pensador, aniquilado en germen, presintiendo su muerte prematura, describió con acentos patéticos la caída del viajero agotado sobre la arena del desierto. Está ya resignado a la muerte y al abandono; no puede resistir las pequeñas sacudidas de la marcha ni de la vida y, tendido sobre la tierra abrasadora, nublados ya sus ojos por la fiebre, él mismo pide a sus compañeros que le olviden, que marchen sin él hacia el fin lejano, hacia el misterioso horizonte sin medida, que oculta las misteriosas regiones que él ya no verá (1).

Una selección de V. Muñoz

(1) Este último pensamiento del estoico español Antonio Zozaya refleja su propia vida. Como Guyau en sentido figurativo, ante el desaparecer del fenecer, Zozaya cayó para siempre en Méjico, en la ruta que, continuaban su camino otros idealistas y visionarios. Ha sido Antonio Zozaya, figura liberal por excelencia, una de las personas más ilustres de la emigración española causada por la victoria del totalitarismo fascista en el solar ibérico. Es de esperar, que llegado el momento oportuno, sean editadas sus obras completas, verdadero pan espiritual para todos los amantes de lo bello. — V. M.

Afán de ver claro, sinceridad y convicciones

(INEDITO)

SE esfumaría en nosotros una de las características fundamentales del anarquismo si consintiéramos que por alguien — desde arriba, desde en medio o desde abajo — nos fueran impuestos determinados juicios o siquiera la forma en que hemos de traducir al lenguaje nuestro pensamiento.

Ni lo uno ni lo otro. Ambos extremos son igualmente negativos. Lo mismo el uno que el otro reducen al infinito atributos que deben mantenerse íntegros. El nacimiento de nuestras tendencias, al tomar forma en un cuerpo de doctrina, es trasunto de una reacción vigorosa contra el sentido abiertamente liberticida de tales métodos.

A p a s i o n a d o s defensores de unas autonomías que consideramos sagradas, por lo mismo que sin ellas pierde su sentido más estimable la vida, recabamos la facultad ilimitada, lo mismísimo en la forma que en el fondo, de expresar a nuestra guisa, unas veces en tono que acaricia, nuestros sentimientos y nuestras voliciones. Renunciar a ella sería renunciar a nosotros mismos.

Si en algún caso esa facultad ha de ser frenada, es el mismo que la ejercita el llamado a decidirlo. Y el freno, en todo caso, ha de ponerlo el mismo que piensa, que habla, que escribe. Si son otros quienes lo hagan, naufraga el derecho por completo y crujen los resortes destrozados de la personalidad.

¿No es éste acaso el mal que a todos nos aqueja? ¿No es ésta una de las abominables realidades que sirven de estímulo poderoso a todas las revueltas?

Sin el grado de jurisdicción que es necesario para manifestar sin ambages ni rodeos nuestras disconformidades con aquello que nos desagrada — en las palabras o en los hechos — que nos molesta, que nos hiere, o de aplaudir aquello que nos atrae y nos emociona, sea por sus bondades, sea por su belleza, sea tan sólo porque coincida con nuestras opiniones o con nuestros afectos, ¿qué importancia podría serle atribuida al dere-

cho? ¿Qué quedaría en pie de esa entidad moral — punto de arranque y medida exacta de los valores sociales humanos — que llamamos individuo?

¿En nombre de qué principios desconocidos, o de qué ética incomprensible, o de qué concepto más o menos racional de las necesidades del presente — inseparables de los avances hacia el futuro — puede pretender nadie aquellas uniformidades en el sentir y en el pensar que denuncian las manifestaciones más despreciables y más rotundamente negativas del gregarismo?

¿Es que alguien descubrió la posibilidad maravillosa de someter a compás o de vaciar en un molde único las sensaciones — variadas al infinito — de que el hombre es registro?

*:

Somos anarquistas. Es posible que jamás haya convenido tanto como en esta hora repetirlo. Y sentimos el deber ineludible — deber que concuerda con nuestro derecho y aumenta su fuerza — de pasar revista a todo aquello que, directa o indirectamente, ponga en tela de juicio las bondades y los aciertos del anarquismo como doctrina de transformación social.

Y si dejamos cumplido ese deber cuando se trata de los adversarios, con tanto mayor motivo hemos de hacerlo tratándose de los amigos. De lo contrario, los de la acera de enfrente tendrían razón sobrada al afirmar que nos confundimos con los demás en el empleo arbitrario de dos pesas y dos medidas.

Es justo, es lógico, es humano y es santo — además de ser fecundo — que todos los errores sostenidos en público sean impugnados públicamente. Es saludable evitar en lo posible que nadie dogmatice tonterías peligrosas sin una réplica, o presente como nuevos unos cuantos anacronismos mandados retirar de la circulación hace ya mucho tiempo. Y tan sólo podrá manifestarse disconforme con ello quien tenga de la libertad un concepto muy menguado, que es el que predomina generalmente fuera del campo anarquista.

Recordaremos, en sucesivos artículos, las «Crónicas demoledoras», sin bálsamos ni perfumes,

de Prat. Y el nervudo «Lombroso y los anarquistas», de Mella. Y la impugnación, no muy revelante que digamos, de Kropotkin a la «Teoría de lo incognoscible», de Spencer. Y las impetuosas diatribas de Faure en «El dolor universal». Y la causticidad hiriente de Grave en «La sociedad moribunda y la anarquía».

Es preciso que lo hagamos. Es el modo más seguro de demostrar que los maestros hicieron ayer lo mismo que los discípulos hacen hoy en marcha hacia el mañana, y que no es cierto, como afirman algunos individuos en base a concepciones trasnochadas por completo, que con el tono de sus críticas se confundieran con aquellos a quienes combatían. Es el modo más viable de establecer el necesario contraste entre un modo que refleja las inquietudes vivas de cuantos luchan por una transformación completa y ciertas poses totalmente huecas y de dudoso gusto.

*:

Hemos sostenido repetidamente — y es oportuno decirlo una vez más — que a la crítica se lo debemos todo nosotros. ¡Incluso nuestra justificación revolucionaria!

¿Cómo poner en duda que su valor sea tanto más prometente cuanto más completo se niegue a reconocer límites? ¿Qué valor tienen los cantos más encendidos al individuo, si no se afirma en términos categóricos su derecho a producirse como quiera, como pueda, como sepa, como lo dicten sus impresiones a la hora en que habla o escribe o acciona. o su temperamento, sin más tope que el respeto a sus semejantes... siempre y cuando éstos le respeten?

¿En qué forma pueden cohernearse aquellas interdicciones y aquellas cuadrículas que merman a todas luces la sustantividad del individuo, si ha de sostenerse luego — en contradicción estruendosa — que no debe inclinarse más que ante su razón ni obedecer otro mandato que el de su conciencia?

¿Qué es la conciencia? ¿Es acaso una entidad misteriosa al margen del temperamento, de la razón misma, de las sensacio-

Voces
de España

Opresión y revolución

«En nuestros días, toda tentativa por embrutecer a los seres humanos encuentra a su disposición medios poderosos. En cambio, una cosa es imposible, aunque se dispusiera de la mejor de las tribunas, a saber: difundir ampliamente las ideas claras, razonamientos correctos, concepciones razonables.»

Simone WEIL (1)

EL PEOR DE LOS MALES: LA EXPLOTACION

MARX dice, en una de sus obras, que las exigencias materiales de los proletarios son la expresión concreta de su apetencia de valores más altos. Bajo esas exigencias late el deseo de ser verdaderamente hombres.

Esta afirmación, evidente, significa que el hombre aspira a vivir en una libertad concreta, en posesión de su destino y de los medios que le ayuden a desarrollarlo.

Todo esto nos sugiere que las estructuras sociales pueden estudiarse bajo el patrón de estas dos dicotomías conceptuales: una es Bienestar-Miseria; la otra, Libertad-Opresión. Normalmente se ha utilizado la primera. Pero puede uno también servirse — y quizá sea más correcto — de la segunda. Por dos motivos, la segunda es mucho más amplia, incluye los valores eco-

(1) Las ideas de Simone Weil, Sartre, Merleau-Ponty y el propio Marx me ayudaron, sobre manera, en la elaboración de este trabajo. He elegido esta indicación, para no «oprimir» al lector con excesivas citas.

nes? ¿La monta en cada caso el individuo a su capricho? ¿Qué puede contra sus dictados una voluntad que es determinada por ella?

Nosotros, dicho sea francamente, pensamos que escribir para el público es algo más serio y más responsable que alinear palabras sobre el papel, sin otro afán que el de singularizarse.

Determinadas circunstancias aconsejan hablar de ello. Y hemos de hacerlo.

EUSEBIO C. CARBO

nómicos, y también los superiores (partiendo, así, de una concepción más coherente e integral del hombre); la miseria, por otra parte, es uno de los múltiples casos de opresión: se trata de la opresión económica. El otro motivo: si preguntamos al hombre qué quisiera él evitar, a toda costa, con su impulso más profundo y verídico, sin duda que respondería — si no ha falseado sus impulsos — que no desea la opresión en ninguna de sus formas.

De todos modos, puesto que la injusticia mata la libertad y una libertad real excluye toda injusticia (por ser ésta opresiva), es fácil ver que, en el fondo, está mal planteada la disyuntiva «¿justicia o libertad?»

Y he aquí un hecho. Una mirada, intelectualmente honesta, a la política de todos los siglos, especialmente a la del nuestro, nos dice que ésta nunca se llevó a cabo sin opresión. Las revoluciones se han sucedido sin número. Pero todas — incluso las legítimas — han terminado oprimiendo. Las relaciones sociales son productoras de opresión.

Este hecho — como veremos después — obliga a hacer un estudio serio del mecanismo social y del político, en vez de reaccionar con aspavientos o con discursos insustanciales. Marx — lo veremos en seguida — fué el primero que intentó descubrir el enigma social para diagnosticar su remedio definitivo: se inició entonces, el estudio científico del problema — el único que se requería —.

La explotación es tan universal, en espacio y tiempo, que ella define la estructura de cada época, cuya forma se entiende a partir de la manera cómo, en la historia, pueden apreciarse tres grandes épocas: una, de opresión armada; otra, posterior, de explotación capitalista; y, en nuestros días, se trata de servidumbre funcional y burocrática (2).

(2) no se excluyen estas tres formas; pueden coexistir; pero siempre existe el predominio de una de ellas: a partir de ese relieve de cada una, he efectuado la división de épocas, excesivamente amplia, pero de gran utilidad metódica.

La Revolución Francesa empezó defendiendo la igualdad, libertad y fraternidad y terminó — dice muy graciosamente Marx — en Artillería, Infantería y Caballería. La rusa ha terminado también oprimiendo, con la explotación burocrática del Estado: en nuestros días, lo económico está subordinado al Poder.

Dos factores objetivos promueven la opresión: los privilegios y el poder. Normalmente, se clama contra los primeros, sin advertir que el poder es radicalmente opresivo. Así, sucede que se están dirigiendo las críticas contra una sola de las fuentes de opresión.

1. Se da el privilegio: a) no sólo cuando alguien dispone de la ley y de los resortes de toda índole para hacer lo que le viene en gana y explotar a los demás: cuando la propiedad privada, por ejemplo, entra en el Derecho; b) también se da en circunstancias más onestas: en el campo religioso, por ejemplo, y en el científico; en cuanto los ritos — nos referimos a los decisivos, relacionados con la salvación — son conocidos y manejados por unos pocos (los que han alcanzado su secreto), ha nacido ya el monopolio y la explotación sobre los no iniciados en ese secreto: su hambre sobrenatural y su desconocimiento ponen la base para el abuso de los hierofantes, de los ministros sagrados; c) en la ciencia — si se dan las mismas circunstancias — surge el monopolio científico y la consiguiente explotación; d) lo mismo habría que añadir respecto al monopolio de las armas: pensemos un momento qué ocurriría si una de las dos potencias — Rusia, Norteamérica — dispusiera de una superioridad armada — o atómica, da lo mismo.

2. Lo que Marx aplicó al poder capitalista, habría que aplicarlo a todo poder: éste oprime tanto a los que lo ejercen como a los que lo sufren — tanto a los poderosos como a los débiles —; el poder, por otra parte, se nutre de su propia contradicción: si quiere pervivir debe limitar su dominio, ya que su mecánica opresiva tiende a aniquilar los objetos (los que obedecen), en cuyo caso ya no sería poder. Lue-

go interviene el factor de la rivalidad entre los que dominan: para superarse unos a otros, deben intensificar el manejo de los subordinados. Esta extraña autodestrucción del poder se da de un modo evidente en el régimen capitalista — como vió agudamente Marx —. Pero ello es propio de todo poder: se da allí donde alguien **manda** y otros obedecen, donde alguien **tiene** y otros no, donde alguien **sabe** y otros ignoran... Su contradicción radica en que no existe proporción entre el afán de dominio y los medios de que se dispone, desembocando, por eso, en el abuso de los medios — limitados — para un fin ilimitado. Marx tenía razón cuando afirmaba que el Estado — por el simple hecho de serlo — no puede dejar de triturar hombres.

¿Se puede luchar contra ese estado de cosas? Sí, desde luego. Pero conviene no perder la lucidez, a la hora de hacer la revolución. Marx propuso — como solución — una idea que ya encontramos en Aristóteles: la opresión terminará en el momento en que la producción se logre con «esclavos mecánicos». Aparte de que los «esclavos mecánicos» pueden, a su vez, esclavizar a sus dueños, se ignora — al proponer esta solución — que lo que se ventila no es sólo el anhelo de bienestar del hombre sino, además, una **lucha de poder**. La sugerencia de Aristóteles y Marx sería verdadera, si el hombre no sobrepasara los valores biológicos.

A mi juicio, el afán de poder decide más, en la historia, que el anhelo de bienestar: éste también interviene en las revoluciones, pero como resorte utilizado por los políticos que — al final — resultan tramposos y terminan engañando: los débiles y miserables han sido siempre la «cucana» de las revoluciones.

Sartre hizo una crítica filosófica del marxismo. No nos interesa, si atendemos al estudio de la posibilidad de la revolución. La crítica de Sartre va, estrictamente, contra el marxismo stalinista, pero éste se apoya en lo más deleznable de Marx: su hegelianismo al revés, cuando lo verdaderamente valioso en Marx, es su estudio del mecanismo social — único medio serio para emprender la revolución que lleve a una sociedad sin opresión —.

Por lo demás, tiene razón Sartre cuando afirma que el materialismo, al negar la metafísica,

niega sus propias afirmaciones. El empleo de la noción de **causa** también es bastante confuso. El marxismo, como filosofía, está — en efecto — falto de rigor, es más mito que pensamiento riguroso. Y es, en cuanto ideología, «doctrina de movimientos primarios». Pero esto último podría aplicarse también a innumerables trabajos — materialistas o no materialistas — que se escriben sin rigor alguno, pero que son muy aptos para mover esos «movimientos primarios».

La crítica de Sartre tiene sin cuidado a los interesados en la revolución: en cambio, si les interesa — debe interesarles — la investigación de Marx sobre el mecanismo social.

Claro que toda investigación lleva implícito un esqueleto ideológico: Freud y Marx trabajaron siempre sujetos sus entendimientos a concepciones determinadas, con los errores del siglo. Cuando Marx, al creer descubierto el mecanismo social, emprende la aplicación del remedio, falla: porque su concepción del hombre es incompleta e incoherente. Y aquí sí tiene razón Sartre: a la revolución hay que apoyarla en una descripción, lo más exacta posible, de la naturaleza, de las relaciones del hombre con ella y de los hombres entre sí.

En los escritos de Marx hay dos concepciones bien diferentes. Una de ellas es una especie de hegelianismo al revés: hay que plantar a la Dialéctica sobre sus pies — escribía Marx; esta concepción fué, además, teñida con acento religioso y utópico. Pero, en sus obras, existe asimismo un materialismo de carácter simplemente técnico, no religioso, ni ideológico: consistió en relacionar lo social con la materia; Marx pensó que existe una materia social, que lo social se rige por leyes parecidas — si no iguales — a las de la materia física: las leyes mecánicas; éstas son la expresión de una **necesidad**. Necesidad, aquí, no es sinónimo de naturaleza; entonces no podríamos evitar la opresión; significa que los fenómenos sociales, que les están sujetos, actúan como la inercia y la gravedad.

La necesidad no sólo se da en lo físico y en lo biológico; también en lo moral y psicológico; por tanto, también en lo social. «Todo lo real — dice Weil — está sometido a la necesidad». Pero se trata de una necesidad **característica**, en cada caso. «Marx tuvo razón al comenzar estable-

ciendo la realidad de una materia social, de una necesidad social cuyas leyes al menos hay que vislumbrar antes de atreverse a pensar en los destinos del género humano».

Ese mecanismo social Marx lo veía, por ejemplo, en las morales profesionales, las cuales se orientan sobre este **truco**: cada grupo, para evitar la molesta disyuntiva del bien y del mal y llevado por una extraña necesidad, se arma de esta convicción: **inexorablemente** yo debo obrar de tal modo. Cuando se les dice, por ejemplo, a los hombres que el que obedece nunca se equivoca, se contribuye a esta moral profesional: un jornalero tenderá siempre a pensar que él jamás obrará mal si obedece a su amo; «es natural» — viene a decirse interiormente como una justificación —. Con esta moral profesional, regida por un mecanismo extraño, se imposibilita la reivindicación de los interesados frente a la opresión de los que les dominan. La moral profesional no proviene de la índole de los sujetos, sino de algo objetivo que hace exclamar a sus propias víctimas: «es natural que...» No sería suficiente decirles: rebelaos, pues, al instante, ganados por la necesidad del mecanismo, volverían a la situación del comienzo. Habría además, que descubrirles el peligro de la situación **objetiva**.

Hay morales de grupo que contagian a toda la sociedad, cuando ese grupo participa en todos los estratos sociales. Así, la sociedad puede estar regida por una moral militar, bancaria, industrial, burocrática, etc., según el predominio de cada grupo. Este influjo de la moral profesional llega hasta los intelectuales, hasta el mismo pensamiento. Y todo esto se siente como natural. Así — según refiere Weil — los que redactaron el código penal francés consideraron el robo — a tono con la moral profesional de la época — como el mayor de los delitos, castigándolo con más severidad que la violación de los niños. Aquellos señores tenían hijos, pero «al redactar el código, sólo eran, sin saberlo, órganos del reflejo social».

Marx cayó también en este mecanismo de la moral de grupo: la moral del proletariado (es bueno todo lo que éste refrenda con su acción revolucionaria); llegaría un momento en que la moral proletaria influiría tanto en la sociedad que ya no habría sino

una forma de existencia proletaria.

El mecanismo de las morales profesioales —incluida la proletaria— es el de creer que lo **necesario** es lo **bueno** y lo **justo**. Este mecanismo determina, en buena parte, el comportamiento de los políticos.

Las relaciones entre los hombres son extrañas: existe una especie de **inercia** que impide el equilibrio y la consecución del bien. La opresión es favorecida por ese mecanismo social: el de la **fuerza**. Sólo si sabemos por qué surge la opresión, podemos saber cómo puede desaparecer.

Para analizar la conexión intrínseca entre la opresión y las relaciones humanas que la producen, Marx se sirvió del principio de Lamarck: «la función crea el órgano».

La opresión —viene a decir Marx— es un **órgano** de lo social, y no una simple **usurpación** del poder o de los privilegios.

Marx trasladó al orden social el principio utilizado por Lamarck en la Ciencia; cada necesidad, al funcionar en un intento por encontrar satisfacción, crea su órgano adecuado. Así como hasta ahora las fuerzas productivas crearon un **órgano opresivo**, puede llegar un momento en que inventen un **órgano liberador**.

La producción es un mecanismo. Marx creyó haber descubierto sus leyes y su movimiento; por eso, creyó también haber hallado el remedio. Así sería, en efecto, si para descubrir la esencia del mecanismo social, en vez de utilizar el principio de Lamarck, hubiese utilizado el de Darwin: «el órgano no es efecto sino causa de la función».

Para Darwin, el **órgano** se adapta —por medio de la **función**— a las **condiciones de la existencia** (medio natural, posibilidades, instrumentos, competencia de otros...) Traslademos este principio al terreno social: los esfuerzos individuales —el **órgano**— son encauzados hacia el progreso gracias a la función, sin la cual serían caóticos e incoherentes. En el encuentro de los esfuerzos individuales con las condiciones de existencia, la **función** «elimina las estructuras no viables, no como una **tendencia** misteriosa sino como **condición de existencia**».

Un anticipo del principio de Darwin lo encontramos ya en Anaximandro que lo expresó de un modo ingenuo: «Explica —di-

ce Plutarco(3)— que los hombres, al comienzo, nacieron en el interior de los peces y después de haber sido nutridos como los escualos y haberse convertido en capaces de protegerse, fueron finalmente arrojados y tocaron tierra».

De los esfuerzos personales ha de partir el progreso; esos esfuerzos, para no ser inútiles, se sirven de la **función** en su manejo de la materia social: medio, instrumentos, posibilidades, competencia y rivalidad. ¿Hasta qué punto es esto posible? ¿Hasta qué punto los esfuerzos individuales pueden influir en la materia social?

«Habría que definir, a título de límite ideal, las condiciones objetivas que permitirían una organización social absolutamente pura de opresión: después buscar por qué medios y en qué medida se pueden transformar las condiciones efectivamente dadas, para acercarlas a este ideal; encontrar cuál es la forma menos opresiva de organización social para un conjunto de condiciones objetivas determinadas; en fin, definir en este terreno el poder de acción y las responsabilidades de los individuos considerados como tales» (S. Weil).

Marx tuvo la intuición genial de que era **necesaria** una ciencia social y que ella sólo era posible si se descifraba el enigma social —siempre opresivo—. En la realización falló, al aplicar el principio de Lamarck.

Para Marx, la misma **materia social** —las fuerzas productivas(4)— crea su propio **órgano** de solución. El mismo capitalismo —por ley inexorable— produciría su propia destrucción: se crearían, así, las condiciones requeridas para que las fuerzas productivas se equilibren, posibilitándose la subida, al poder, de los débiles, con lo cual terminarían las luchas de clases y ya no habría opresión.

Marx atribuía a la **materia social** —a ese mecanismo anónimo— la solución (la redención de los oprimidos). Suponía que la **materia social** —algo amorfo

y regido por la inercia— era capaz del bien: que el mismo mecanismo, productor de opresión, podía ser productor del paraíso. Partía de dos convicciones burguesas: que el **bien** es la **producción** y que el **progreso** de la **producción** es la **ley** y el **móvil** de la **Historia**.

Otra intuición de Marx es que la **materia social** está regida por la **fuerza**. Magnífico punto de partida para una investigación sin engaños previos; pero no la desarrolló bien. La **fuerza**, en lo **social**, es una **relación**; supone, por tanto, dos términos: el que la utiliza y el que la padece.

Las revoluciones lo único que han hecho ha sido cambiar el primer término —los opresores— sin lograr que desapareciera el segundo —los oprimidos—. Marx pensó la fuerza como económica solamente; se trataba, para él, efectivamente, de fuerzas económicas. Y pensó que, al subir al poder los proletarios —debajo de los cuales no existen inferiores—, ya no habría dominados ni oprimidos; olvidó que la **fuerza** es una relación: ¿cómo los débiles pueden ser fuertes, ¿cómo pueden tener el poder sin dominados que obedecen?

La masa humana es una «cucaña» en la que unos escaladores pueden derribar a otros: los escaladores son algo exterior a ella; ningún escalador puede, por tanto, prometerse la posesión definitiva de la cucaña. La masa humana es muy dócil y se entrega enseguida: de lo contrario, habría existido menos la opresión.

EL ENIGMA SOCIAL

El resorte que gobierna al mecanismo social no se agota en el factor **economía** —como creen los marxistas—; el factor **fuerza** es más amplio, ya que explica fenómenos que no caben en las razones económicas: la destrucción que conlleva la guerra, la obediencia automática que no se debe a impulsos vitales sino a otros más extraños; la «emoción del mando» (que decía Nietzsche) tampoco queda explicada con el factor económico.

Si nos preguntamos de **dónde** proviene la **fuerza**, cuál es su **fuelle**, estamos tocando el centro del problema. ¿Qué es lo que hace que una inmensa mayoría esté obedeciendo, siempre de rodillas, mágicamente encantada por el más simple gesto de la faz de los amos? ¿A qué se debe esa obediencia, probada por mil re-

(3) «El pensamiento antiguo», de Rodolfo Mondolfo. Pág. 45.

(4) Es otra limitación —impuesta por el industrialismo del siglo XIX— creer que la **materia social** está constituida sólo por las relaciones productivas: Marx posee, en su pensamiento, numerosas huellas burguesas. Pero, al revés que los burgueses, Marx sufría por la debilidad y la miseria de los oprimidos.

nuncias y por la muerte, con que la **mayoría** ejecuta los deseos de la **minoría**?

Evidentemente, la fuerza no está en el **número**: normalmente, la opresión la padecen los **más numerosos**, la **masa**. (Por otra parte, la masa —por el hecho de serlo— carece de poder, ya que sus miembros están simplemente yuxtapuestos: no son capaces de una acción dirigida y eficaz. Podría afirmarse —con S. Well— que el pueblo está sometido, no a pesar de que es número, sino precisamente porque es número. La masa está gobernada por un **demonio** que disuelve lo individual, por tanto, la responsabilidad, la lucidez y la libertad: ese demonio contribuye a la estúpida **docilidad** con que las masas obedecen siempre a sus amos, que se renuevan sin cesar).

La fuerza está en el **engaño**.

En el pensamiento, pues, está el origen del mal; en él, por tanto, debe estar el origen de la sanación. En efecto, el pensamiento ha estado, en gran medida, al servicio de la opresión y de la reacción: ha inventado categorías intelectuales y axiológicas que favorecían el **status** indefinido de la debilidad y de la impotencia. Incluso lo sobrenatural ha sido puesto por los hombres al servicio de un quietismo reaccionario.

Pero el pensamiento es también subversivo y revolucionario. El Cristianismo lo probó de manera evidente: su revolución fue bien rápida, pues a los débiles e impotentes se les predicaba su igualdad y, a veces, su superioridad con respecto a los fuertes y poderosos; esa convicción les capacitaba para ser fuertes en su debilidad; ésta es la versión social del otro hecho, paralelo, que es de índole espiritual y es lo que —en esencia— define al Cristianismo: la fuerza **sobrenatural** de la debilidad.

No es que reduzcamos la revolución a esto sólo. Pero lo previo está en eso. El pensamiento debe siempre estar alerta. (Cuando analicemos el **trabajo** —estado ideal del hombre en sus relaciones con la naturaleza— veremos que, también él, debe estar bien presente, para evitar que el hombre sea victimado en tan noble y esencial quehacer).

En cuanto el engaño proviene del pensamiento, estamos ante un problema **intelectual** que nos lleva a una crítica del idealismo y de la «filosofía burguesa».

En cuanto el engaño es **manejado** hábilmente por los políticos,

estamos ante un problema **ético** o **moral** que nos lleva a una crítica de la política como magia.

PENSAMIENTO Y OPRESION

«Los filósofos no han hecho más que interpretar el mundo; pero la cuestión es cambiarlo» —decía Marx contra los pensadores—. Pero esas palabras sólo valen para «**ciertos**» filósofos, pues —como señala Aranguren— «**toda teoría**, además de ser **praxis**, es, a la vez, **poiesis**, al menos incoativamente» (5).

El pensamiento se hizo cómplice de la opresión, en cuanto le sirvió de justificación ideológica. Quizá los propios filósofos no querían servir a los opresores, sino a un afán de explicar el mundo y la existencia; pero los burgueses y capitalistas —dueños de todo poder— se apoderaron hasta del pensamiento: ciertas filosofías les venían al pelo, aquellas, sobre todo, que hablan de la dignidad humana y de la primacía del hombre sobre la naturaleza. El idealismo —para el cual la naturaleza existe, de verdad, por el pensamiento del hombre— implica la subordinación de las cosas y de la naturaleza al hombre (6); pero para el burgués, el esclavo y el servidor son cosas, son naturaleza: si son algo, es simplemente por la mirada y la dignación del señor.

Existe, así, una ilusión de «sobrenaturalidad» en los opresores y una ilusión de «naturalidad» en los oprimidos. Ambas ilusiones se condicionan recíprocamente: cada una se alimenta de la otra: el **oprimido** no se cree capaz de ningún derecho, mientras el **superior** descansa sobre derechos y privilegios.

Para poner remedio a esta injusticia, nace la revolución. La distinción de Sartre entre rebelde y revolucionario nos sirve para distinguir a los verdaderos autores de la revolución de sus impostores. Mientras el rebelde lo

(5) Significa esto que el pensamiento no sólo es un **mando de acción** — como cualquier otro —, sino que, además, posee carácter **modificador**. Esto es más verdadero aún en el pensamiento ético, cuyo destino esencial va encaminado a **regir la acción**.

(6) Este idealismo — utilizado por la burguesía — es un idealismo previamente falseado por ella. El sistema filosófico que lleva ese nombre posee una profundidad que no se agota en el aspecto manejado por los burgueses.

que intenta es **arrebatar** los privilegios para gozarlos él frente a los nuevos desheredados, el revolucionario lo que se propone es **destruir** tales derechos y privilegios —tal injustificada sobrenaturalidad— como único medio de igualar a los hombres. Si las revoluciones se suceden sin cesar es porque —en realidad— sólo se dan rebeldes y no auténticos revolucionarios. Sólo el cristianismo —no traicionado— y el marxismo —no falsificado— son subversivos para el pensamiento que sustenta tal diferencia de categorías en los hombres... Pero en la historia, está bien patente el poder de los opresores: lograron nada menos que poner a su servicio al propio Cristianismo; y, en nuestros días, podemos comprobar cómo muchos burgueses y capitalistas se sirven del Marxismo. Evidentemente, su poder es omnimodo.

El idealismo habla también de seres «suprasensibles». La burguesía «**explotó**» la existencia de lo trascendente e incognoscible en beneficio de su dominio: Dios, la muerte, y otros entes supraempíricos vienen a ser unos **dictadores ideales** que inhiben la acción y producen miedo (7).

Contra este idealismo opresor ya protestó Epicuro. Para destruir el **temor** que reduce e impide el placer y la felicidad, Epicuro propone cuatro remedios liberadores: el **cuadripharmaco**, que dice R. Mondolfo. Seríamos felices «si no nos turbase el **pensamiento de las cosas celestes** y el de que la **muerte** significa algo para nosotros, y el no conocer los límites de los **dolores** y de los **deseos**». (El subrayado es mío). Dos de los factores que oprimen son: los dioses y la muerte. Epicuro reduce los dioses a divinidades ajenas a los hombres («El ser bienaventurado e inmortal no tiene molestias ni las produce a los otros, ni es poseído por iras o benevolencias»). La muerte se queda en un puro hecho físico que no altera el ritmo placentero del vivir («Es insensato aquel que dice temer la muerte, no porque le dolera cuando haya sobrevenido, sino porque le duele al preverla; pues lo que no turba hallándose presente, en vano nos duele su espera»).

(7) Habría que hacer aquí la misma salvedad de antes: la trascendencia es dictatorial en manos de la burguesía. Pero un pensamiento honesto puede probar que los seres trascendentes pueden ser fuente de **acción positiva**.

El idealismo contribuye a la opresión. Pero, cuidado. El materialismo puede, asimismo, colaborar en la misma dirección. Con la concepción materialista existe el peligro de que la revolución se quede a medio camino. El materialismo dialéctico piensa que el proletariado es *cosa* y que, destruyendo los privilegios de los amos, debe convertir a éstos también en *cosas*. Naturalmente esto no basta: pues, desde el momento en que se concibe al hombre como *cosa*, se hace el juego a los opresores. Aquí surge la necesidad de insertar la libertad: no basta *igualar* a los hombres; hay que proyectar y construir un futuro con el que el *hombre* —no siendo *cosa*— esté en paz con las *cosas* y con los *demás* hombres, en el que el hombre sea libre (8). Se requiere, para ello, que el revolucionario posea libertad.

Sartre ha sabido ver la «aparente» contradicción que puede haber en el revolucionario, el cual debe ser libre para poder ser libre. Se trata de una libertad con distinto sentido en el comienzo y en el final: hay que ser *libres* para poder ser liberados.

Libertad ¿para qué? —pregunta Lenin—. Para iluminar la si-

(8) «Pero justamente, el mito materialista perderá todo sentido en una sociedad sin clases, donde ya no habrá superiores ni inferiores.» Sartre.

tuación y poder distanciarnos de ella, único medio de transformarla— responderá Sartre.

Puesto que la injusticia es un modo de oprimir y explotar, resulta falsa la disyuntiva o *justicia* o *libertad*; la libertad supone la ausencia absoluta de la injusticia. Por otra parte, una situación justa no se alcanza sin libertad —según acabamos de ver con Sartre—. Justicia y libertad, pues, se implican.

La expresión más exacta de la libertad del revolucionario viene dada en la acción. Si se examina bien la acción revolucionaria, se ve confirmado el principio de Darwin, aplicado a la revolución. En efecto, una auténtica acción excluye, por definición, la posición *idealista* que niega la dureza de las cosas y la *materialista* que reduce la subjetividad a materia, a factor mecánico de un determinismo universal. La acción revolucionaria es el *encontronazo* de las subjetividades y de los esfuerzos individuales con la materia que se intenta transformar.

Esta acción es, por esencia, violenta. Esto plantea un problema: la violencia oprime y, sin embargo, es necesaria a toda revolución, la cual —a su vez— lo que intenta es suprimir toda opresión, estableciendo la *justicia*, poniendo a cada uno en su sitio *justo*.

¿Podría hablarse de una violencia que no fuera una simple revancha, ni un estricto ajusticiamiento (entonces la revolución terminaría en dictadura), sino una especie de *versión técnica de la justicia*? Esta incluiría, en su acción, la destrucción de los privilegios y del poder explotador, acomodando a las personas en una verdadera igualdad, eliminando toda distinción de clases. No veo inconveniente en que los cristianos pudieran colaborar a este tipo de violencia.

La desaparición de clases y castas es el anhelo profundo de los hombres más puros. Sólo supuesta esa desaparición —como dice F. de Castro—, podría ser cada hombre distinto de los demás, podría realizar su más auténtica vocación individual. Los hombres, en efecto, no podremos jamás ser iguales: pero eso no significa que hayan de acotarse previamente —como si hubiéramos nacido, ya, con méritos y deméritos— los medios de que disponemos para ser hombres. Y es eso precisamente lo que hace la distinción de clases: yo, por haber nacido dentro de *esta* clase, no puedo disponer de ciertos medios que acapara la *otra* clase, pero que me son tan necesarios a mí como a los demás.

R. GARCIA

(Continuará)

Publicaciones recibidas

«El Sol», Alajuela.
«Resistencia», Torino.
«L'Ecritoire», Ginebra.
«España Libre», Nueva York.
«La Voie de la Paix», Auberville s-Mer.
«Solidaridad», París.
«Organización Obrera», Buenos Aires.
«Volontà», Génova.
«La Protesta», Buenos Aires.
«Umanità Nuova», Génova.
«Boletim Informativo do Clube Positivista», Río.
«Solidaridad», México.
«Cuadernos», París.
«Notre Route», París.
«Elevación», Mar del Plata.
«World Labour», London.

LIBROS RECIBIDOS:

«Les temps noirs», por J. Pignero.

Decíamos ayer

Valor de la duda y del ser

La psicología y la conducta humana

IV

LA Fisiología no puede explicarnos «todos, absolutamente todos los procesos y fenómenos psicológicos del individuo humano» como afirman, gratuitamente, un médico y un escritor partidarios del **determinismo** clásico. Estos podrían admitirlo también si tuvieran en cuenta que el **contenido** y el **sentido** de un conflicto psicológico que vive un sujeto corresponde al psicólogo — y no al fisiólogo — investigarlo, estudiarlo y tratarlo. Además, tener **conciencia** de una situación el **comprender** la relación del individuo humano con el mundo, significando, pues, **comprensión**, acto fundamental de la psicología y no de la fisiología. Y cuando un psicólogo estudia el simpático y el parasimpático y la descarga de adrenalina, concomitante de la emoción, es para relacionar — ésta u otras funciones fisiológicas — con la personalidad global del hombre.

Una personalidad no cambia por el funcionamiento de uno u otro órgano o de varios órganos; la hacen cambiar hondas necesidades psíquicas aunque influyen, al mismo tiempo, pero en menor grado, necesidades corporales. La personalidad tiende a permanecer, se resiste a la desaparición, pero el sujeto normal la cambia por otra personalidad, que se desarrolla con distintas características, por la **coacción** — más que por llamadas causas — de nuevos **determinismos** psicológicos formados por él mismo o por situaciones vitales producidas por sus semejantes que lo rodean. Aunque en verdad siempre intervienen factores endógenos, predominando los exógenos, es decir, los factores ambientales externos.

Lo difícil del cambio de personalidad lo comprobamos al constatar que sólo ocurre cuando el individuo humano **siente** la necesidad suprema de cambiar un determinado estado de cosas, por dar otro **sentido** a su existencia, a un aspecto vital de la misma, o a la vida social. Para alcanzar los fines que persigue entra en acción aprovechando sus nuevos grandes deseos y el intenso calor de sus sentimientos y emociones. Y las nuevas tendencias de su nueva personalidad arraigan y se fortalecen a condición de formar nuevos hábitos. De éstos, que han de continuar fortaleciéndose con buena educación y mejor cultura, depende el sostenimiento, conservación y mejoramiento o superación de las tendencias.

Con los niveles psicológicos superiores que el hombre alcanza ha mejorado la naturaleza misma de los instintos de nutrición y defensa, que son permanentes, que lo acompañan hasta el fin de sus días y fortalecido, además, la ley de supervivencia. Pero los instintos que se adquieren,

que señalan la superioridad del hombre civilizado sobre su congénere primigenio, pueden desaparecer, morir si no constituye los hábitos correspondientes que los sostengan. Es pues, realidad biológica, fisiológica, pero mayormente psicológica que para que un instinto permanezca en función o sobreviva ha de reforzarse con un hábito, lo que quiere decir, en todos los casos, que el sujeto lo adquiere y lo sostiene gracias a reacciones psíquicas oportunas o permanentes. Resultando, pues, que son las peculiaridades afectivas y culturales las que más influyen en la orientación de la vida humana.

No vamos a extendernos en más consideraciones sobre las diferencias y las relaciones existentes entre la Psicología y la Fisiología, porque ya las hacemos en otros trabajos. Es sabido que relacionándolas han podido desarrollarse nuevos conceptos psicológicos dinámicos. Ignoramos si de esto se han enterado algunos **deterministas** que en esta hora continúan hablándonos, estrictamente, de la «fisiología de la conducta». Hacemos sólo observaciones que consideramos fundamentales y simples, al mismo tiempo, por lo comprensibles: que no corresponde al fisiólogo investigar y estudiar por qué, por ejemplo, un sujeto adquiere una u otra personalidad, hace o no abdicación de su **voluntad** y de su dignidad, o posee tal o cual singular individualidad. El psicólogo es el que considera al individuo humano como un todo funcional y dinámico con peculiar estructura moral y mental persiguiendo que éste se mantenga humano gozando del mejor equilibrio psíquico.

«Nadie sabe lo que es la «psiquis» y es imposible determinar el alcance de la psiquis en la naturaleza. Por eso una verdad psicológica es una cosa tan normal y buena como una verdad física que se limita a la materia como aquella a la psiquis.» Estas palabras de C. G. Jung, célebre médico y eminente psicólogo, fallecido recientemente, son una respuesta contundente, de oposición absoluta, a los **deterministas** que afirman que todo lo relativo a la «psiquis» se conoce y se explica por medio de la Fisiología, por las funciones automáticas normales de carácter endógeno, es decir, interno.

Cuando aceptamos una verdad es porque se han agotado todas las experiencias, comprobándose muchas veces, de todas las maneras y en todos los sentidos, constatando que armoniza con todas las verdades conocidas que la rodean sin contradecirse y sin despertar más dudas. Pero ni lo expresado por Jung ni lo defendido por los fisiólogos del **determinismo** reúnen, a nuestro entender, estas condiciones. Por consiguiente, no podemos utilizar, cien por cien, el pensamiento del

precitado gran psicoanalista en favor de nuestra tesis frente a los que pretenden que el comportamiento humano es explicado ya, completamente, por la Fisiología. No se sabe todo lo que se refiere a la «psiquis»; pero hoy se sabe más que ayer, y cada día se sabrá más sobre ésta. Por otra parte, no se ha probado que «es imposible — como dice Jung — determinar el alcance de la psiquis en la naturaleza.»

Tan gratuita consideramos esta afirmación de Jung, como la que expone lo contrario con el mismo carácter absoluto. Alguien nos ha dicho que los conceptos de Jung debiéramos interpretarlos como emitidos de acuerdo con los conocimientos actuales. En parte así es en efecto. Sin embargo expone el concepto «imposible», que opinamos hemos de barrerlo de todas las áreas científicas y de la investigación particularmente cuando nos referimos al estudio y conocimiento de la vida psíquica del ser humano. Admitir «imposible» es tanto como poner frenos al desarrollo de la actividad humana, significa detenerla, anularla, impedir, en fin, que el «espíritu» investigador se dirija hacia uno u otro sentido del Universo desconocido. Es pedir un verdadero imposible: no reconocer que existe la **curiosidad**, que es dirección del pensamiento, afán irreprimible de inquirir, de conocer y saber, que ha crecido y sigue creciendo en cada individuo humano conforme adquiere más y más cultura.

Háblese de ignorancia y de dificultades en la adquisición de nuevos conocimientos, de insuficiencia científica para explicarnos cosas que no comprendemos por qué ocurren sin contar otras muchas que ni sabemos están sucediendo en nosotros mismos y en nuestro derredor; pero para obtener victorias científicas, tecnológicas y de toda clase y orden hemos de partir del principio que «todo es posible». Pensemos que desde el hombre de las cavernas hasta nuestros días siempre se ha luchado por cosas que parecían «imposibles» de descubrir, de inventar y de realizar.

Ni el conjunto de cuanto hoy se conoce, y menos alguien en particular, ha probado que exista un «imposible» o límite para el conocimiento humano como no sea la posibilidad remota que el hombre llegue a dominar todas las combinaciones «posibles» con todos los materiales cósmicos. Esto parece poco o nada verosímil; pero mientras el individuo humano no cese de hacer descubrimientos y nuevos inventos es inadmisible hablar de «imposibles», y menos que nunca en los tiempos que vivimos que vemos iniciarse, vertiginosamente, el aprovechamiento de la energía atómica, de la cibernética, etc., etc.

Sobre la «psiquis» y todo lo ignorado o inadvertido conoceremos más mañana y cada día que transcurra. Esta es la más fundamental realidad psicológica o idea-motor que admitida o no por el investigador lo mueve a estudiar, a experimentar y a descubrir nuevas verdades. De faltar la curiosidad y el «espíritu» de investigación, de búsqueda, tenaz, infatigable y la heroica audacia científica-humana cuánto de lo que conocemos permanecería ignorado y cuánto quedaría sin ser descubierto!

Miles de ejemplos podemos dar de «imposibles» que dejaron de serlo. El «sueño» de comunicarse a través del espacio, de volar más alto que las aves, de realizar viajes submarinos, de combatir terribles enfermedades, que hoy ya son vencidas quedando otras por vencer, etc, etc. Uno de los ejemplos más aleccionadores es el del átomo. Hasta hace muy poco tiempo, relativamente hablando, la inmensa mayoría de los científicos, de los filósofos y la generalidad de las personas en todo el mundo aceptaban, como verdad exactísima, absoluta la idea del átomo simple, compacto, indivisible e inmutable, destinado a permanecer eternamente igual a sí mismo; que los átomos de un mismo elemento poseen una masa igual y son, entre sí, exactamente iguales, y que los átomos de elementos diferentes no pueden ser trasmutados en otros átomos distintos. Sin embargo, gracias a los hombres que estudian, incansablemente, sin pensar en «imposibles», hoy conocemos la verdad que ha permitido iniciar la «Era Atómica»: que el átomo es una estructura formada por partes, que su mayor volumen es vacío (?) y que, por lo tanto, no es compacto, puede ser dividido en partes y ser transformado, asimismo, en un átomo de sustancia distinta por medio de determinadas sustracciones y adiciones.

Como ocurrió con el átomo está sucediendo en esta hora con los maestros y profesores de todos los grados en la enseñanza que siguen enseñando la formación de nuestro Sistema Solar de acuerdo con lo que continúa escrito en los libros de geografía y en los diccionarios de todos los países, en todos los idiomas, siendo falso: que una estrella se rozó con nuestro Sol y éste desprendió glóbulos de polvo y gases que formaron los planetas que lo rodean. Pero según el estudio Haro-Minkowski sobre los **glóbulos nebulares** que explican la formación normal de las estrellas o astros, en general, presentado a la reunión organizada por la Sociedad Astronómica Americana celebrada en Méjico en agosto de 1960, a la que asistieron 150 astrónomos, queda desechada la hipótesis de que nuestro sistema planetario se formó en virtud de un accidente, de una colisión excepcional y que los habitantes del planeta Tierra consideraríamos como muy afortunada.

Este nuevo descubrimiento astronómico lo comentamos recientemente. Lo señalamos porque queremos hacer constar que tanto Minkowski, sabio norteamericano, como Guillermo Haro son famosos por sus investigaciones científicas. Y sus extraordinarios hallazgos no van a merecernos menos crédito que merecen a todo el mundo científico. Haro es un eminente astrónomo mejicano, director en Méjico de los Observatorios de Tacubaya y Tonantzintla, miembro de la Royal Astronomical Society de los Estados Unidos y a mediados de septiembre de 1961 se le ha hecho un honor internacional en reconocimiento de sus grandes esfuerzos científicos: reunidas las delegaciones astronómicas de 40 países ha sido nombrado vicepresidente de la Unión Astronómica Internacional en votación efectuada en Berkeley, California.

Hemos expuestos dos de los hechos o descubri-

Poetas, filósofos, científicos opinan...

¿QUE ES EL AMOR?

Aquí con un mendrugo, entre el gayo ramaje,
Un ánfora de vino, un manojo de versos,
Y tú conmigo sola, cantando entre el bosque,
Para mí es un paraíso el yermo más salvaje.

OMAR-AL-KHAYYAN

El amor es en Francia una comedia, en Inglaterra una tragedia, en Italia una ópera seria, y en Alemania un melodrama. — Margarita Blesington.

Ama el hombre poco y a menudo, mientras que la mujer ama mucho y raramente. — Basta.

Nuestro primero y último amor es el amor hacia uno mismo. — Bovee.

¡Cuán sabios son los que aparecen tontos en amor! — Josua Cooke.

El amor es un océano de emociones, enteramente rodeado de gastos. — Dewar.

Todos nacemos para amar... El amor es el principio de la existencia y su solo fin. — Disraeli.

Si quieres ser amado, ama y sé propenso al amor. — Franklin.

mientos científicos más importantes de nuestros días que ponen de relieve el valor de la duda y del ser psíquico, que ha permitido al Hombre triunfar en la lucha contra «imposibles». Y no ha de dolernos abandonar ideas viejas y «verdades» de ayer que han dejado de serlo hoy o que nunca fueron tales verdades como las que se referían al átomo y a la formación de nuestro sistema planetario. No importa cómo se denominen: atómica, física, astronómica, determinismo y ley de causalidad que, al parecer, la ciencia está probando que no existen en la naturaleza, etc., etc. Por encima de todo lo que fué o se creyó verdadero está la verdad nueva comprobable.

FLOREAL OCANA

ERRATAS: En el primer trabajo sobre «El indeterminismo y el ser», publicado en el número 128 de CENIT, en la página 3451, columna primera, línea nueve, donde dice: «...la obra tenidos por verdaderos», ha de decir: la hora tenidos por verdaderos. Y en la línea 51, donde dice: «...lo estético, característica del mecanismo», ha de decir: «lo estático característica del mecanismo».

En la página 3452, columna segunda, línea primera, que dice: «... corpuscular u ondulatoria halló que la oposición, y», ha de decir: «...corpuscular u ondulatoria halló que la posición y.»

Toda la humanidad ama a un ser amoroso. — Emerson.

Desean los jóvenes: amor, dinero y salud. Años más tarde prefieren: salud, dinero y amor. — Paul Gerald.

El hombre empieza por amar al amor y termina por amar a una mujer. La mujer empieza por amar a un hombre y termina por amar al amor. — Remy de Gourmont.

El amor es un conflicto entre reflejos y reflexiones. — Magnus Hirschfeld.

La razón del porqué los amantes nunca se cansan de estar juntos estriba en que siempre están hablando de ellos mismos. — La Rochefoucauld.

Quien no ama al vino, a la mujer y a la canción es un solemne tonto durante toda su vida. — Lutero.

El amor es tan fuerte como la muerte. — Salomón.

A menudo el amor es el fruto del matrimonio. — Molière.

El amor es una grave enfermedad mental. — Platón.

Mejor es el amor cuando está regado con las lágrimas. — Walter Scott.

Mejor es haber amado y no haber sido amado, que nunca haber amado. — Tennyson.

El hombre ama al género y la mujer al individuo. — María Lacerda de Moura.

En su primera pasión la mujer ama a su amante, pero en las otras lo que ama es el amor. — Byron.

No existen mujeres feas, sólo hay mujeres que no saben ser bonitas. — La Bruyère.

Honra a la mujer. La mujer es la guirlanda florida que embalsama de perfume nuestra vida en la tierra. — Schiller.

Hay en los celos más amor propio que amor. — La Rochefoucauld.

V. M.
(Continuará)

encerrarse en las más delicadas antologías. Tan fácil de amoldarse a los motivos más variados, desde Emilio Prados hasta Antonio Machado todos han cultivado el romance para cantar la magnificencia de aquel acontecimiento, y con superioridad de perfección y altos relieves poéticos. En este género se han expresado todas las emociones que la contienda arrancaba. Y desde los acmpos donde la espiga doblaba su cerviz en reverencial saludo a los heroicos combatientes, y desde los olivares andaluces rebosantes de la verde bellota que representará la riqueza mayor de un pueblo volcánico que abría sus alas al mundo; y desde el dulce oro del levante y las velas a todo viento de los barcos pesqueros que bordean el Mediterráneo, el Atlántico y el Cantábrico, el romance salió de las trincerías para llevar la buena nueva de un mundo nuevo que aparecía a la faz del universo con una melodía extraña, desconocida para la cultura europea, y una potencialidad ejemplar, en versos cual otros no conocen los tiempos modernos.

Engolfado enteramente en aquella vorágine, lo artificioso y metafísico de la poesía, como la construcción obligada a formas de contenido netamente simbolista, adquirió vida corpórea frente a las bondades immanentes de un pueblo que hervía por hacer conocer sus verdades, sus dolores, sus emociones y preocupaciones acumuladas durante muchos siglos. Sin ocasión de expresar sus penas ni alegrías, aquel hecho singular presentaba ocasión para proyectarse hacia el futuro y gritar su verdad en pos de su libertad. El arte cumplió su misión en aquella oportunidad, con honradez y nobleza, con verdadera emoción y unión de obra terminada. Miguel Hernández fué así un miliciano más de vientos, auroras y horizontes.

MIGUEL HERNÁNDEZ

RECOGED ESTA VOZ

I

Naciones de la tierra, patria del mar, hermanos
del mundo y de la nada:
habitantes perdidos y lejanos,
más que del corazón, de la mirada.

Aquí tengo una voz enardecida,
aquí tengo una vida combativa y airada,
aquí tengo un rumor, aquí tengo una vida.

Abierto estoy, mirad, como una herida.
Hundido estoy, mirad, estoy hundido
en medio de mi pueblo y de mis males.

Un psicano, vulgar campesino descuidando sus toscas palabras. Que no sirvo al ambiente lamido de esta briosa ciudad complicada. ¡Pero taural! Muy hombre. Sincero. Con un Yo como el sol: de una cara. Sin revés y derecho. Seguro. ¡De una sola palabra!» Así, sin lugar a equivocaciones, conquistó Pedro Godoy la capital argentina con el primero de sus libros que en tan modesta, como pléyrica edición, lanzó al vuelo porteño el espíritu inquieto de Antonio Zamora, adalid en entusiasmos de aquella generación.

En estas estrofas tan personales que hasta entonces no habíamos escuchado, está plásticamente representado Pedro Godoy. Desde entonces, olvidado de sí, sólo vive para su poesía, donde immortaliza al árbol arrancado por la tormenta, al vendedor de diarios, a la niña que solloza en la ventana y a cosas o personas tan institucionales como el tranvía, el barradero de las calles o el lustrabotas. Y en estas cosas y sentimientos tan objetivamente normales, y de ordinario desapercibidas por lo comunes, el poeta sabe descubrir el secreto, la magia de donde brota la nota musical traducida en una figura o sencillamente en una imagen. Tanto en los objetos como en las personas, el poeta no encuentra jamás el sentido jocoso o la mofa como de primera intención podríamos imaginarnos, sino ese sexto sentido de lo bueno, de lo humano, fuera de lo ordinario, de lo que como tal comúnmente se entiende. A tropezones con los habitantes de la ciudad, entre los que se encuentra aprisionado, urge e invigila en cada ambiente, en cada gesto o actitud, y deja que su imaginación construya el análisis de rigor, pensando en cuanta felicidad malograda se hunde el espíritu del hombre. Con su humildad multitudinaria, de ese acervo reventón de cosa sencilla y de simpleza, está saturada su poesía, del mismo modo que en otras estrofas de sin igual musicalidad otrora cantara el sin igual Guerra Junqueiro.

Formado Pedro Godoy en un ambiente de libertad, sin el cual todo poeta muere, encontró en la carrera de las parcelas del ferrocarril, en la extensión de los horizontes de misioneros florecidos y el mugido de las tropillas, todo lo que necesitaba su estro inconfundible. De ahí que sus poemas revisten esta otra faz, no menos particular, de independencia, de soltura que a ratos se convierte en himno. Dos condiciones singulares se encuentran en sus versos, no similares a ninguno de sus contemporáneos. Tal vez exista una leve semejanza con Fernán Silva Valdés y éste sólo en algunos poemas. En lo demás, es tan personal que una autoridad de la reputación de Carmelo M. Bonet expresó que no había encontrado un ripio en su poesía, pese a lo difícil que resulta en nuestro tiempo evitar la imitación, siquiera en infimo grado.

del sufrimiento, estoy triste
hasta la cabeza, y más triste hasta el tobillo,
de ver el pan, crucificado, al nabo,
ensangrentado,
al cereal, en general, harina,
a la sal, hecha polvo, al agua, huyendo,
al vino, un ecce-homo,
tan pálida a la nieve, al sol tan ardido.

Como, hermanos humanos,
no deciros que ya no puedo y
ya no puedo con tanto cajón,
tanto minuto, tanta
inversión, tanto lejos y tanta sed de sed.
Señor ministro de salud: ¿qué hacer?
¡Ah, desgraciadamente, hombres humanos,
hay hermanos, muchísimo que hacer.

★

PASION Y PAISAJE EN EL VERSO DE PEDRO GODOY

Como cónsul de la provincia, Pedro Godoy llegó a Buenos Aires profetizando el tiempo a través de las inquietudes campesinas. Por credencial trajo los poemas de su libro «A cara o cruz», a cuyo frente aparece, a modo de saludo y, como pidiendo permiso para entrar en la ciudad, el poema que le acreditaba como «Poeta de provincia, mis espuelas encima del asfalto, escriben una rúbrica campera como la goma mordaz de los neumáticos va borrando tras mío... Como buen campesino abono el hospedaje ciudadano, con flaman-tes monedas de entusiasmo, sin reparar en gastos, con largura, a la moda del campo. Porque pensar en el mañana nunca fué patrimonio de los gauchos! He llegado de afuera con la pluma empapada en tinta de entusiasmo; un fardo de recuerdos a la espalda y un gajo de bondad entre los labios. Distraído, andariego, rebelde, desconfiado, soy un rudo cantor que tiene mucho de gringo y de paisano. Por hombria, por despecho, canto. Soy de los pies a la cabeza todo un desgarrante grito proletario».

Así, sin más reverencias, elocuentemente sincero y con estrofas tan armoniosamente logradas, después de presentar sus plenipotencias, por si quedara alguna duda acerca de su auténtica personalidad, acentúa todavía «¡Si! Ya sé que soy áspero, rudo, como gato nacido en las pajas. Receloso, taimado y arisco como el puma que sale de caza. ¡Si! Ya se que son torpes mis gestos y mis manos callosas y vastas.

Hierido voy, herido y malherido,
sangrando por trincheras y hospitales.

Hombres, mundos, naciones,
atended, escuchad mi sangrante sonido,
recoged mis latidos de quebranto
en vuestros espaciosos corazones,
porque yo empuño el alma cuando canto.

Cantando me defiende
y defiende mi pueblo cuando en mi pueblo imprimen
su herradura de pólvora y estruendo
los bárbaros del crimen.

Esta es su obra, ésta:
pasan, arrasan como torbellinos,
y son ante su cólera funesta
armas los horizontes y muerte los caminos.

El llanto que por valles y balcones se vierte,
en las piedras diluvia y en las piedras trabaja,
y no hay espacio para tanta muerte,
y no hay madera para tanta caja.

Caravanas de cuerpos abatidos.
Todo vendajes, penas y pañuelos:
todo camillas donde a los heridos
se les quiebran las fuerzas y los vuelos.

Sangre, sangre por árboles y suelos,
sangre por aguas, sangre por paredes,
y un temor de que España se desplome
del peso de la sangre que moja entre sus redes
hasta el pan que se come.

Recoged este viento,
naciones, hombres, mundos,
que parte de las bocas de conmovido aliento
y de los hospitales moribundos.

Aplicad las orejas
a mi clamor de pueblo atropellado,
al ¡ay! de tantas madres, a las quejas
de tanto ser luciente que el luto ha devorado.

Los pechos que empujaban y harían las montañas,
vedlos desfallecidos, ni leche ni hermosura,
y ved las blancas novias y las negras pestañas
caídas y sumidas en una siesta oscura.

Aplicad la pasión de las entrañas
a este pueblo que muere con un gesto invencible
sembrando por los labios y la frente,
bajo los implacables aeroplanos
que arrebatan terrible,
terrible, ignominiosa, diariamente,
a las madres los hijos de las manos.

Ciudades de trabajo y de inocencia,
juventudes que brotan de la encina,
troncos de bronce, cuerpos de potencia
yacen precipitados en la ruina.

Un porvenir de polvo se avecina,
se avecina un suceso
en que no quedará ninguna cosa:
ni piedra sobre piedra ni hueso sobre hueso.

España no es España, que es una inmensa fosa,
que es un gran cementerio rojo y bombardeado:
los bárbaros la quieren de este modo.

Sera la tierra un denso corazón desolado,
si vosotros, naciones, hombres, mundos,
con mi pueblo del todo
y vuestro pueblo encima del costado,
no quebráis los colmillos iracundos.

II

Pero no lo será: que un mar piafante,
triumfante siempre, siempre decidido,
hecho para la luz, hecho para la hazaña,
agita su cabeza de rebelde diamante,
bate su pie calzado en el sonido
por todos los cadáveres de España.

Es una juventud: recoged este viento.
Su sangre es el cristal que no se empaña,
su sombrero el laurel y el pederal su aliento.
Donde clava la fuerza de sus dientes
brota un volcán de diáfanas espadas,
y sus hombres batientes,
y sus talones guían llamadas.

Está compuesta de hombres del trabajo:
de herreros rojos, de albos albañiles,
de yunteros con rostros de cosechas.

y la función de la yerba purísima, el dolor
dos veces
y el bien de ser, dolernos doblemente.

Jamás, hombres humanos,
hubo tanto dolor en el pecho, en la solapa, en la cartera,
en el vaso, en la carnicería, en la aritmética.
Jamás tanto cariño doloroso,
jamás tan cerca arremetió lo lejos,
jamás el fuego nunca
jugó mejor su rol de frío muerto.
Jamás, señor ministro de salud, fué la salud
más mortal
y la mígrana extraña tanta frente a la frente.

Y el nueble tuvo en su cajón, dolor,
el corazón, en su cajón, dolor,
la lagartija, en su cajón, dolor.

Crece la desdicha, hermanos hombres,
más pronto que la máquina, a diez máquinas, y crece
con la res de Rousseau, con nuestras barbas;
crece el mal por razones que ignoramos
y es una inundación con propios líquidos,
con propio barro y propia nube sólida.
Invierte el sufrimiento posiciones, da función
en que el humor acuoso es vertical
al pavimento,

el ojo es visto y esta oreja oída,
y esta oreja da nueve campanadas a la hora
del rayo, y nueve carcajadas
a la hora del trigo, y nueve sones hembras
a la hora del llanto, y nueve cánticos
a la hora del hambre, y nueve truenos
y nueve latidos, menos un grillo.

El dolor nos agarra, hermanos hombres
por detrás, de perfil,
y nos alca en los cinemas,
nos clava en los gramófonos,
nos clava en los lechos, cae perpendicularmente
a nuestros boletos, a nuestras cartas;
y es muy grave sufrir, puede uno orar...
Pues de resultas del dolor, hay algunos
que nacen, otros crecen, otros mueren,
y otros que nacen y no mueren, otros
que sin haber nacido, mueren, y otros
que no nacen ni mueren. (Son los más).
Y también de resultas

tre todos y hace partícipe Vallejo de esta laudatoria oración a cuantas comunidades aspiren a la resurrección que aquí representó. Si caes, es un decir, temblará la tierra, se detendrá el sol, no se escuchará el canto del pajarillo ni la risa de los niños, ni sonreirán las mujeres, ni las flores abrirán su cáliz a la luz, ni la gracia áurea de la alegría endulzará los acibares del hombre. Si cae, dijo el poeta, fusilarán al firmamento y herirán al aire y a la aurora. Y la voz del profeta ha resonado en el tiempo. Los acontecimientos demostraron cómo después de España, el luto y el llanto asolaron la tierra donde no cantó al ruiseñor y la alondra, en vano, presa del espanto, buscó un rincón donde refugiarse. Los hombres fueron sacrificados y las madres derramaron lágrimas de sangre sobre las losas de los sepulcros. Valles y montañas fueron coronados de cruces, y las aldeas saltaron a pedazos, calcinadas por el fuego de las explosiones.

«César Vallejo, el acento con que amas, el verbo con que escribes, el vienteillo con que oyes, sólo saben de tí por tu garganta. ¿Por qué la cuerda, para qué la cadena, si existe el hierro por sí solo? Póstrate, por eso, con indistinto orgullo, con tálamo de ornamentales áspides y exagonales ecos. Restitúyete al corpóreo panal, a la beldad; arma los floridos corchos, cierra ambas grutas al ceñudo antropeide; repara, en fin, tu antipático venado; tanta pena. Que no hay cosa más densa que el odio en voz pasiva, ni más misera ubre que el amor. Que ya no puedo andar, sino en dos harpas. Que ya no me conoces, sino porque te sigo instrumental, prolijamente. Pues el afecto que quíebrase de noche en mis bronquios, lo trajeron de día ocultos deanes y, si amanezco pálido, es por mi obra; y si anochezco rojo, por mi obrero. Ello explica, igualmente, estos cansancios míos y estos despojos, mis famosos tíos. Ello explica, en fin, esta lágrima que brindo por la dicha de los hombres. Parece mentira que así tarden tus parientes, sabiendo que ando cautivo, sabiendo que yaces libre».

CESAR VALLEJO

★

LOS NUEVE MONSTRUOS

Y, desgraciadamente el dolor crece en el mundo a cada rato, crece a treinta minutos por segundo, paso a paso, y la naturaleza del dolor, es el dolor dos veces y la condición del martirio, carnívora, voraz, es el dolor, dos veces,

Océanicamente transcurren por debajo de un fragor de sirenas y herramientas fabriles y de gigantes arcos alumbrados con flechas.

A pesar de la muerte, estos varones con metal y relámpagos igual que los escudos, hacen retroceder a los cañones acobardados, temblorosos, mudos.

El polvo no los puede y hacen del polvo fuego, savia, explosión, verdura repentina: con su poder de abril apasionado precipitan el alma del espliego, el parto de la mina, el fértil movimiento del arado.

Ellos harán de cada ruina un prado, de cada pena un fruto de alegría, de España un firmamento de hermosura. Vedlos agigantarse al mediodía y hermosearlo todo con su joven bravura.

Se merecen la espuma de los truenos, se merecen la vida y el olor del olivo, los españoles amplios y serenos que mueven la mirada como pájaro altivo.

Naciones, hombres, mundos, esto escribo: la juventud de España saldrá de las trincheras de pie, invencible como la semilla, pues tiene un alma llena de banderas que jamás se somete ni arrodilla. Allá van por los yermos de Castilla los cuerpos que parecen potros batalladores. Todos de victorioso desenlace, diciéndose en su sangre de generosas flores que morir es la cosa más grande que se hace.

Quedarán en el tiempo vencedores, siempre de sol y majestad cubiertos, los guerreros de huesos tan gallardos que si son muertos son gallardos muertos: la juventud que a España salvará, aunque tuviera que combatir con un fusil de nardos y una espada de cera.

★

MENSAGE DE CESAR VALLEJO A LOS HOMBRES Y A LOS PUEBLOS

En este estado anímico en que está sumergido, Vallejo hace ostentación individual de disponer de su libertad, sin interesante cuanto le rodea, cual si su existencia le perteneciera como ejemplar único de la creación y no tuviera que rendir cuentas a ningún poder natural de sus actos. En esa rebeldía pasiva quema brutalmente y a capricho los restos de sus energías debilitadas, como un reto a la sociedad dentro de la que gime y padece, cuya conducta le es indiferente, hostil y aborrecible, de igual modo que si todos los dolores y pesares de la humanidad se desplomaran sobre su alma enferma y contristada.

Sin lograr hurtarse a esa preocupación, prosigue la ruta de los poetas gimebundos, acaparadores de llantos y lamentos, igual que Miguel Hernández. De ahí que su poesía sea el producto de una escuela ya olvidada, que en el siglo pasado, y hasta principios del presente, marchó tanto rosa creada por la alegría y la virtud. Para colmo de desdichas, en este estado soporífero del que saldría poco después, el poeta da con sus huesos en la cárcel, acusado de incendio, elemento subversivo, enemigo de la sociedad, echando sobre él todos los epítetos que el lenguaje criollo aplica a los disconformes y rebeldes. Sus tres primeros libros son la expresión cabal de una raza indígena condenada «por la conquista a dolor incesante» y construye la poesía de «varias generaciones que no habían hallado durante siglos y que, con este hombre flaco y solitario, decían su primera voz de lamentaciones y blasfemias». Tanto en Trilce como en Los Heraldos Negros hay la amargura andina vuelta piedra «y roca en sus cordilleras vertebreadas, con sus indios vueltos piedra también, de donde puede salir y alumbrar algún día, definitivamente, su sangre como una antorcha derramada». Aquí se agranda su personalidad con legítima voz peruana que tradujo el paisaje del hombre en un lenguaje poético con expresiones propias de aquello que conocemos como de procedencia criolla. En gráficos giros personales, debajo de su piel seca y oscura, de su triste hermetismo, arde en este producto autóctono la silenciosa rebeldía del indio contra el conquistador y los conquistadores de la tierra y sus riquezas. Su protesta no resuena por lo negativa, pues que no es enfocada con sentido de liberación, sino simplemente como hecho concreto de existencia, de permanencia, en el reencuentro del mundo ideal que los cielos reservaron para el sindicato de profetas santificados. La más grande virtud que acusa reside en la disconformidad, en el desprendimiento de convencionalismos

ibérico se libraba la batalla del mundo y, comprendiéndolo así, fue como aquel período congregó tal número de visionarios en sus filas combatientes. La raza, la religión, la nacionalidad quedaron fusionadas allí en un abrazo de lágrimas y de sangre.

¡Cuánta verdad encerraba aquella determinación sin paralelo, al grito de libertad herida! Es así que los «Poemas de la guerra de España» son la revelación de un hombre libre y sensible, frente a la materialización del arte y la literatura, que eternizan la obra de este escritor. El mestizo, color de bronce y perfil cortado a pico, futuro cantor del Anahuac, de Yucataán y Potosí, de tierno y ancho corazón, pronunció en España su oración postrera: «Id e intrad a todas las gentes, y a todos se ha de lograr para la libertad de todos», queriendo con anchura y largueza, como José Martí, «a lo que tiene de más cerca, no porque lo suyo sea superior a lo ajeno ni más fino o virtuoso, sino porque el influjo del hombre se ejerce mejor y más naturalmente en aquello que conoce y de donde viene», en ese estirando postrero de imágenes que brota de sus estrofas.

En «España, aparte de mí ese caliz», se encuentra al «hombre en completo dominio, en equilibrio absoluto. Así como en los «Poemas Humanos» representa el paisaje del hombre, con sus dudas, su dolor y ansiedad, en aquel libro «está la plenitud, la voz honda y cálida, la humana protesta, el corazón abierto de César Vallejo», como consigna César Miró. «Si cae España, digo, es un decir, si cae España, de la tierra para abajo, ¡niños, cómo vais a cesar de crecer!, ¡cómo va a castigar el año al mes!, ¡cómo van a quedarse en diez los dientes, en palote el diptongo, la medida en llanto! ¡Cómo va el corderillo a continuar atado por la pata al gran tiniero! ¡Cómo vais a bajar las gradas del alfabeto hasta la letra en que nació la pena! Niños, hijos de los guerreros, entre tanto bajad la voz, que España está ahora mismo repartiendo la energía entre el reino animal, las florecillas, los cometas y los hombres. Bajad la voz, que está con su rigor, que es grande, sin saber qué hacer y está en su mano la calavera hablando y habla y habla». «Bajad la voz, os digo; bajad la voz, el canto de las silabas, el llanto de la materia y el rumor menos de las pirámides, y aun el de las sienes que andan con dos piedras. Bajad ei aliento, si el antebrazo baja, si las férulas sueñan, si es la noche, si el cielo cae en dos limbos terrestres, si hay ruido en el sonido de las puertas, si tardo, si no veis a nadie, si os asustan los lápices sin punta, si la madre España cae, digo, es un decir, salid, niños del mundo; id a buscarla...»

Rendido ante el homenaje a este pueblo, comparte en-

ni ternura en el trato, ni fraternidad en el convivir. Y en lugar de acercarnos al coro ideal, al que desde hace tantos años los poetas y profetas pretenden en vano acercarse para entonar juntos, fervorosamente abrazados, el himno del futuro, por el contrario nos separa, nos divide y martiriza en los más variados y refinados tormentos. Y no sólo nuestro cuerpo que sufre padecimientos; no son únicamente los tejidos y tendones cortados, ni los huesos que crujen, ni las vísceras arrancadas, sino también el alma truncada en este diluvio de horrores.

«Nos van cobrando todos el alquiler del mundo» cual si residieramos en un planeta que no nos pertenece, de igual modo que si nosotros mismos no nos perteneciéramos y la existencia constituyera una hipoteca a favor de los usureros del universo. Por eso la poesía de Vallejo, antes seca y duramente retorcida por el sufrimiento primitivo, como residuo de un instinto animal «que se deshace en un grito alegre y dolorido, casi salvaje», lo mismo que en Miguel Hernández, se vuelve ardorosa e iracunda, en ese su estilo plomizo y apretujado, compacto y duro cual materia inertes. Es la única forma de hacer sentir el rigor del sentimiento, de la palabra. Todo él denuncia, en su físico nervudo y las manos enclavijadas cual las del nazareno, y en sus ojos profundos, auscultadores del destino y en su frente apostólica de creyente, la firmeza de la imagen y la figurante y desgarradora como la de los precursores del cristianismo, de quienes parece haber heredado el ascendiente cósmico, la fe en esa religión de la poesía, que descubre los crímenes del arte y el fanatismo del creyente, de que son testimonio las líneas desesperadas de sus cejas, la figura esquelética de su cuerpo, su tez calcinada por soles y tormentas y su carácter profundamente taciturno.

El drama ibérico descubrió a Vallejo, como a Miguel Hernández y a la poesía española moderna, el camino de la tierra prometida. Allí se encontraron con los hombres que ofrecieron, voluntariamente, en holocausto de la victoria, vidas y fortunas sin medida. A las trincheras de todos los frentes; afluyeron poetas y artesanos, pensadores y soñadores de todas las ideologías, portando los estandartes de la fe, desde los más remotos países del mundo. Jamás en la historia contemporánea se ha visto fenómeno ni medianamente parecido. Cada uno fué guiado por la estrella de una convicción profunda, porque se estaba cerrando el ciclo de la edad moderna. Después de España estaba el diluvio, la noche negra del prejuicio, del crimen sin causa ni reparación, de la barbarie desenfrenada que degolló tantos millones de vidas inocentes en una orgía de horror. En suelo

y modalidades, si bien con ese fondo insondable del escepticismo melancólicamente fatalista, similar a «esos golpes sangrientos y a las «crepitaciones de algún pan que en la puerta del horno se nos quema», que la empañan y restan forma, bríos y color. La privación de la libertad de este hombre angustiado le coloca en el cruce de dos caminos y decide huir del país, del continente, porque no podía hacerlo para otro planeta. Esa expatriación le permitió encontrar su propio destino.

Luto y llantos, albores de crueldad, canturreo de míticos bronceos, funerales de lúgubres vinos, rumores de crepites ante «fríos óleos de luna muriente en blanco pan-teón de cautiverio, mientras los años van curvando como guadañas su ruta veloz» y arrastra al fondo del abismo el festín de rosas que la naturaleza delicadamente creó para adorno de la alegría y el candor universales; el deseo de dormir eternamente a la sombra de «nuestros labios difundidos», de un «convite heroico de luceros», quebrados en «el mortero de cosas de este mundo», dejaron su camino recorrido y allí se quedaron en el tiempo olvidado. Quien prosigue la ruta aquí truncada es otro poeta que, sintiendo la necesidad de marchar al compás de su tiempo, se esfuerza por abandonar el marco expresivo de su poesía. Antes había pretendido representar una generación literaria vacía de ideas, que se expresaba en un lenguaje cabalístico con «las posaderas sentadas para arriba». Ahora, identificado con el ambiente europeo, en el que profundizó sus raíces, se hunde en el hombre y en su futuro humano. Y caprichoso y extraño, juega con los ritmos y las formas en versos asimétricos y asonantados, si de nebulosas imágenes como la «tarde cocinera» que «se detiene ante la mesa donde tú comiste, y muerta de hambre tu memoria viene sin probar ni agua, de lo puro triste», en cambio se presenta enérgico y contumaz, retando a su arte y a su generación que va de «crepúsculo en crepúsculo, vibrando ante la caja sonora de una herida que a vosotros no os duele», que «os transfiguráis y, creyendo morir, percibís la sexta cuerda que ya no es vuestra. Así justifica en los Poemas Humanos su última voluntad poética, que «no tiene antecedentes, ni tiene pasado». El poeta está «muriéndose y tiene urgencia en cumplir con una tarea impuesta», naciendo a la poesía en un mensaje angustioso que desea entregar a los hombres.

Aquí se define César Vallejo en toda su grandiosidad como adelantado y precursos, no conociendo la literatura moderna «una similar capacidad de ese dolor, esa angustia que no es falsa y metafísica del flamante existencialismo, ultimamente explotado con hiriente espíritu utilitario» y totalitario, como afirma Adoum. El mensaje del poeta está

en él y constituye uno de los rasgos más netos y claros del indigenismo como producto orgánico y espontáneo ajeno a la nostalgia literaria de los pasadistas, trasladados a la conciencia universal. Probablemente no sea fácil comprender en toda su intensidad esta poesía «que no está al alcance de todo el mundo, por lo desconcertante y subjetiva», como el arte de Picasso, pero testimonia al hombre en su paso por la tierra como agente y elemento creador, que lleva al poema los elementos del suelo en que nació «y las expresiones de su pueblo», interponiéndose ante la gloria inmarcescible de González Prada y Rubén Darío, si en otros metros y rimas, con ese mismo fervor de universalidad.

¡Hasta cuando estaremos esperando lo que se nos debe! ¡Y en qué recodo estiraremos nuestra pobre rodilla para siempre! ¡Hasta cuando la cruz que nos alienta no detendrá sus remos! ¡Hasta cuando la duda nos brindará blasones por haber padecido! Ya nos hemos sentado mucho a la mesa, con la amargura de un niño que a media noche, llora de hambre, desvelado. ¡Y cuando nos veremos como los demás, al borde de una mañana eterna, desayunados todos! ¡Hasta cuando este valle de lágrimas, a donde yo nunca dije que me trajeran! De codos, todo bañado en llanto, repito cabizbajo y vencido: Hasta cuando la cena durará. Hay alguien que ha bebido mucho, y se burla, y acerca y aleja de nosotros, como negra cuchara de amarga esencia humana, la tumba».

En tanto otros poetas pulen versos de estilo delicado, pero fríos de alma, Vallejo se ve obligado a deformar hasta el idioma, inventando «expresiones y palabras que pudieran dar una idea de lo que estaba en sus huesos». «Me viene, hay días, una gana, ubérrima, política, de querer, de besar al cariño en sus dos rostros, y me viene de lejos un querer demostrativo, otro querer amar, de grado o fuerza, al que me odia, al que rasga su papel al muchachito, a la que llora por el que lloraba, al rey del vino, al esclavo del agua, al que ocultóse en su ira, al que suda, al que sacude su persona en mi alma. Y quiero, por lo tanto, acomodarle al que me habla, su trenza sus cabellos, al soldado; su luz, al grande; su grandeza, al chico. Quiero ayudar al bueno a ser un poquito malo y me urge estar sentido a la diestra del zurdo, y responder al mudo, tratando de ser útil en lo que puedo, y también quiero muchísimo lavarle al cojo el pie y ayudarle a dormir al tuerto próxino».

Y en esas estrofas desarticuladas, extrañas, oscuras, está la raíz de su obra futura y, pese a la «arquitectura de sus líneas, la honda raíz humana del hombre que no olvidó jamás». «¡Amadas sean las orejas, Sánchez, amadas las

personas que se sientan, amado el desconocido y su señora, al prójimo con mangas, cuello y ojos! ¡Amado sea aquél que tiene chinchies, el que lava el zapato roto bajo la lluvia, el que vela el cadáver de un pan con dos cerillas, el que se coge el dedo con la puerta, el que no tiene cuarenta años, el que perdió su sombra en un incendio, el que parece un hombre, el pobre rico, el puro miserable, el pobre pobre!»

De su responsabilidad estética, él mismo diría «que hoy más que nunca quizás sienta gravitar sobre mí una hasta ahora desconocida obligación sacratísima, de hombre y de artista: ¡la de ser libre! Si no he de ser hoy libre, no lo seré jamás. Siento que gana el arco de mi frente su más imperativa fuerza de heroicidad. Me doy en la forma más libre que puedo y ésta es mi mayor cosecha artística». Esa libertad de los Poemas Humanos ha de expresarse sin mutilaciones en sus himnos a los voluntarios de la República Española, al hombre de Extremadura, a los héroes republicanos, al invierno en la batalla de Teruel y en rebobable fúnebre a los escombros de Durango que, con «España, aparte de mí ese cáliz», culmina aquí su obra y su gloria.

En la poesía de Vallejo encontramos ahora la forma dramática, oculta en adormecida ternura, patéticamente dominante por su contenido humano que rebasa los límites de la austeridad, porque el genio actúa de agente entre el individuo y el medio. Vallejo representa en sí mismo los dolores humanos. Su voluntad pretende adquirir la liberación de un cautiverio que le tiene ahogado entre cadenas. Por eso resiste con fuerza ciega y en las peores condiciones, soldado en las filas del porvenir. Si su cuerpo flácido cad epaulativamente, en cambio, el cerebro vuela cada vez más alto. Y, a medida que los años trascurren, el poeta se afirma y es más dueño de su arte. En tanto el mundo se desborda en asesinatos crudelísimamente fantásticos, donde los hombres se sacrifican a millares cada día, él reacciona con violencia, asustado frente a tan pavoroso drama, con estremecimientos de agonía. Es entonces cuando comprende, y se agita y discute, atacando, ante el horizonte que se cierra y las nubes de la noche que ponen luto en las almas y lágrimas en los ojos.

De bien poco sirve el conocimiento de la Historia y de todas las ciencias intelectuales si su seca interpretación no logra estallar las venas, si tenemos el alma gélida y perenne como los impasibles, en actitud negativa. Todas las investigaciones empíricas y descubrimientos de una civilización que levanta monumentos al crimen y abomina de las virtudes espirituales, suponen una interpretación horrorosamente nefasta, ya que ni siquiera pone amor en la justicia,

LA ANARQUIA



DADOS los estudios hechos acerca del Estado, concluimos que su aspecto militar le da una seguridad física, externa o colectiva; del mismo modo, el aspecto religioso le confiere una seguridad espiritual; el aspecto pedagógico, una seguridad interna, individual e intelectual. El aspecto financiero, el económico, el político, el jurídico y el ético y estético, de igual manera, confieren al Estado seguridades específicas que, después de todo, son manifestaciones de poder. La síntesis de estas seguridades todas, la síntesis de todos esos poderes es el Estado.

Siendo así, para combatir al Estado tenemos que crear un organismo o una entidad que le sea «directamente proporcional cuanto a su «multiplicidad de aspectos e inversamente proporcional», por lo que toca a su unidad de fines». La finalidad de este organismo ácrata que combatirá al Estado y lo sustituirá, en el advenimiento de la anarquía es la constante e indivisible redención humano-social.

El análisis y síntesis de esta entidad seguirán el mismo mecanismo, la misma estructura y la misma dinámica estatales; no obstante, sus principios básicos y, consecuentemente, su finalidad, serán opuestos a los del Estado.

La concomitancia o simultaneidad entre lo analítico y lo sintético, en el mundo ácrata, es de imperiosa necesidad; por cuanto en una entidad, en un todo, nunca podemos separar de modo radical la fracción del entero, sin destruirle la integridad o la individualidad misma. Ambos forman un todo indivisible, en su esencia y en su finalidad.

Los principios básicos de este organismo anarco-humano-social de combate al Estado son los siguientes:

- 1 — Humanismo.
- 2 — Pacifismo.
- 3 — Laicismo.
- 4 — Libertad.
- 5 — Federalismo.
- 6 — Anti-estatismo.
- 7 — Comunismo libertario.

Cada uno de estos principios básicos es común a toda estruc-

tura anarco-social. La síntesis de estos «principios básicos» constituye la «entidad moral» de la Anarquía. ¡Profundamente humana y bella es esta moral! En realidad todos estos principios básicos son cultivadores de la libertad y valorizadores del hombre, como entidad libre y que piensa.

Lamentablemente, los anarquistas se quieren identificar, unos con otros, no por medio de su flagrante «unidad de fines», de su unidad animica, interna o final; sino, por otro lado, por el lado formal, por los aspectos exteriores, por las modalidades de lucha, como si todos los hombres debieran tener la misma altura, el mismo peso, el mismo color, en fin, tener los mismos atributos. Estos anarquistas, según las normas clásicas de organización obrera o social, defienden subjetivamente una «unidad de aspectos» para una consecuente «unidad de fines».

«Como quiera que las comunidades se convirtieran en prestamistas de la corona, se convertían ipso facto en acreedores del rey. Este, agobiado por las deudas, caía en una especie de dependencia.»

JOSE PEIRATS

«La Sión Hispánica»

(Folleto recientemente aparecido).

Esta terrible e ingloriosa lucha es la que se viene trabando, desde ha muchos años, dentro de nuestras organizaciones libertarias o anarquistas, dogmatizándolas, limitándolas e inhibiéndolas; tal vez como consecuencias de reflejos atávicos o de reflejos de las luchas que existen fuera del mundo anarquista. Lo que importa es la «unidad de fines», mientras que la «unidad de aspectos» o el ritual ácrata (las formas exteriores por las cuales un individuo se identifica como anarquista) debe acomodarse al temperamento de cada uno de ellos. ¡Este sentido social de organización ácrata (unidad de aspectos y unidad de fines) es de naturaleza típicamente suicida! ¿No son así los partidos políticos? ¿Las religiones? ¿No sería eso la negación de nuestros propios principios básicos y de nuestra linda filosofía de vida? ¿No pretenden las dictaduras condicionar estúpidamente todos los seres humanos dentro de una misma «unidad de pensamiento y acción»? ¿No nos parece eso un contrasentido?

Lo que debe unir a los ácratas no son sus aspectos exteriores, sino sus objetivos finales y su sentir interior... Eso no es fácilmente posible. Es una cuestión de criterio, de método y de tiempo.

Los organismos ácratas deben en primer lugar obedecer a un criterio étnico-geográfico y no a un criterio meramente continental, regional y mucho menos aún nacional. No importa que no exista solución de continuidad territorial. Huir de este criterio étnico - lingüístico - geográfico es ser mesiánico, es ser utopista y hasta «dirigista» o centralista, pues si los pueblos de una federación ácrata no se entienden entre sí, debido a los insuperables obstáculos idiomáticos, es cierto que tendrán necesidad de intérpretes e intermediarios o cosa equivalente, y la acción directa del hombre del pueblo, individualmente considerada, sufriría enormes restricciones.

A. E. LYSENKO



Parábolas de Han Ryner

LOS

PSICODORO, filósofo griego, habiendo perdido a la mujer que amaba, decidió vivir en su sucesivo errante, alejado de todos y de todo. Sin otro equipaje que un viejo manto sobre sus hombros y un rústico bastón en la mano, emprendió la marcha.

Durante todo el día caminó al azar. Cuando tuvo hambre comió lo que encontró a su alcance. A menudo, alguien protestaba, por no tener necesidad de este alimento, pero por pretender ser propietario. Psicodoro no oía los gritos. A veces, el amo de la comida zarandeaba al filósofo que, al despertar de su ensueño, golpeaba con su bastón. Pero venían corriendo los esclavos. Y se agarraba al audaz que consideraba el hambre como una razón para comer. Se le arrastraba hasta los tribunales. Psicodoro sabía que las orejas de los jueces, tapadas por la estopa de las leyes, no pueden escuchar, y por lo tanto, enmudecía ante las preguntas que se le hacían. Casi siempre, lo dejaban ir de nuevo, pues creían que estaba loco. Otras veces, lo encerraban por algunos días en las cárceles. Al atardecer, Psicodoro se acostaba al mismo tiempo que el sol. Cuando estaba libre, su lecho era la cuneta de una carretera o el fondo de un torrente sin agua.

Psicodoro caminó tres años, sin siquiera detenerse voluntariamente durante el día y sin pronunciar una palabra. Es probable que sólo veía entre los objetos exteriores, aquellos que eran más extraordinarios, y su espíritu los traducía en símbolos de eternidad. Y, cuando las cosas le daban un pensamiento más bello que ellas mismas, no miraba más a las cosas.

Cuando Psicodoro hubo caminado tres años, se encontró en la cúspide de una montaña muy grande, y miró desde ella hacia abajo; a su alrededor. Pues hacia las alturas subían los clamores de extraños gritos de querellas, que hacían pensar en el ramaje de una selva azotada por la tempestad.

Singular era el lugar donde se encontraba Psicodoro. La montaña formaba un círculo casi perfecto y su cresta igual no estaba cortada por ninguna garganta. En la profunda llanura circular, unos hombres, altos como robles, alocadamente se balanceaban, entre vastos clamores.

El filósofo descendió hacia aquellos gigantes y vió con asombro que sus pies se hundían en la tierra. Como algunos estaban en el borde de un precipicio, se dió cuenta que cada pie tenía largas y sinuosas raíces. Observando que aquí había algo

verdaderamente nuevo, algo que comprender, Psicodoro se detuvo en este país.

A pesar de su talla gigantesca y de sus desarraigables prolongaciones subterráneas, los habitantes de la llanura eran bien hombres y no árboles. No tenían ramaje, hojas o flores. Su desnudez permitía ver que no estaban recubiertos por cortezas, sino con una piel fina y blanca como la de los bárbaros del norte. Tenían una cabeza y dos brazos. Su cuerpo, en su enormidad, era de proporciones armoniosas y sus poses variaban, flexibles y ondulantes, como las actitudes de los luchadores. De cuando en cuando se sentaban. Al anochecer, solamente sus piernas seguían erguidas como dos troncos gemelos, mientras que el viento del sueño plegaba sus rodillas y los acostaba de espaldas. Pero, además del poder de cambiar de sitio, carecían de otro bien que antaño pareció precioso a Psicodoro: los Arraigados no tenían sexo.

La naturaleza había negado a estos hombres el poder de procrear, porque los había hecho inmortales. El filósofo adivinó pronto este privilegio y no se sintió envidioso por ello. Pero se quedó allí, observando y estudiando su lenguaje. Pues tenía una duda sobre ellos y quería conocer sus pensamientos:

—Quizás son los más sabios de los hombres, y así podrán decirme que ha sido de mi bien amada y en qué lugar podré encontrarla.

Cuando comprendió algunas de sus palabras, Psicodoro se dió cuenta que la selva era ignorante y grosera como todos los pueblos. Preferentemente, se hizo amigo de los Arraigados que el destino había aislado. Pero vió que en éstos era más rara la ignorancia, absurda que la locura y no ya como la tontería; y se enorgullecían por sus pensamientos ingeniosos y frágiles.

Sin embargo, Psicodoro no se alejó de ellos aún. Pues se dijo:

—Yo tengo la angustia de la duración del tiempo; ellos tienen la angustia del espacio. Las tonterías y las locuras que dicen sobre el mundo extendido, corresponden sin duda a nuestros errores sobre el mundo que persiste. El tiempo y el espacio son dos hermanos gemelos semejantes uno a otro. Tienen por padre a la Inmensidad y su madre dice: «Soy la Eternidad».

Y la sonrisa con la cual indulgente escuchaba a los hombres inmóviles, era también una crítica para los hombres que caminan.

..

Pues entre aquellos gigantes que a sí mismos se clasificaban de sabios, los había que multiplicaron las negaciones audaces o timidas, diciendo:

ARRAIGADOS

—Nada hay más allá del horizonte.

O bien:

—Tengamos cuidado en no afirmar o negar lo que nuestros sentidos no pueden comprender. ¿Es todo el universo la llanura que habitamos y el muro de las montañas se levanta entre el ser y la nada? Carecemos de medios para saberlo. No nos ocupemos de lo incognoscible y trabajemos metódicamente en la ciencia del mundo visible.

Pero a pesar de todo, el pueblo, decía:

—El sol se levanta en el vacío, pero desciende en la plenitud de otro mundo. Primero nos ilumina. Da luego luz a otros seres. El oriente está desierto. El occidente contiene dos mundos: un país de húmedas delicias en el cual la tierra es generosa, y otros país, de tormentos y de sequías. En el uno, hombres más felices que nosotros hunden en la tierra sus alegres raíces. En el otro, los malos sufren, pues la tierra reseca ofrece escasos alimentos.

Y el pueblo creía aún:

—Es el mismo sol el que viene todos los días. Después de haber dado su luz al paraíso y al infierno, da un brusco salto, a través de la Nada, encima de la cúspide de la montaña oriental.

Algunos hasta sospechaban, opinando así:

—Es posible que la Nada que atraviesa el sol de la mañana no sea nada, sino un caos, una masa en donde las cosas son indiscernibles, nada en la forma, es cierto, pero en donde la materia se agita inarmónica e infinita.

Pero los sabios audaces rectificaban:

—Nada existe más allá de nuestro propio conocimiento.

Y los sabios cuyo pensamiento es cobarde:

—Solamente nos es dado conocer lo que conocemos.

Luego unos decían:

—Lo cierto es que...

Y los otros:

—Lo más probable sea que...

Al fin, todos los sabios proseguían en coro:

—Lo que no tiene raíces no podría durar. El sol que se desplaza, nace y muere como el perro que corre o el pájaro que vuela. Y el sol de hoy es la podredumbre del sol de ayer.

Pero la podredumbre arraigada se irritaba contra semejantes palabras. Presentía, a pesar de toda su ignorancia, que el sol no muere cada tarde.

Y Psicodoro se decía:

—Tu recuerdo, bien amada desaparecida, es un sol que para mí se ha ido, pero que atraviesa otras tierras. Y las duraciones occidentales no son ni eliseas ni infernales; pero, difieren poco de los tiempos del este, y de los tiempos del norte, y de los tiempos del mediodía.



Y así fue como el sabio Psicodoro tuvo una locura. Quiso decir a los Arraigados turbados por la angustia del espacio, la verdad liberadora. Se colocó, cual orador ridículamente pequeño, delante de la multitud de los gigantes, y gritó:

—Escuchad mi palabra. Yo vengo del otro lado de la montaña y conozco lo que allí ocurre.

Todos jadeantes escucharon. Y continuó:

—Los límites son apariencias. Más allá de las montañas, la vida continúa, no muy diferente de lo que es aquí.

Psicodoro no comprendió de pronto lo que ocurría. Pero su instinto, más rápido y seguro que el pensamiento, lo empujó hacia una carrera desorbitada. Cuando tembloroso miró hacia atrás, vio a toda la selva azotada por un colérico huracán. Malignos clamores pedían a gritos la tortura del profeta que se atrevía a decir verdades tan sencillas. Los brazos se extendían tratando de agarrarlo. Y aquellos furiosos gritaban que lo desconocido no podía ser otra cosa que la Nada maravillosa o terrorífica.

..

Perseguido por los gritos y por las piedras, Psicodoro corrió hacia la montaña. Logró franquearla y así, llegar al país donde los hombres caminaban como él y conocían la verdad sobre el espacio próximo. De pronto vio a dos enanos que se le parecían. Y escuchó sus palabras, porque hablaban en un dialecto griego, que lo emocionó con deliciosos recuerdos. Pero enseguida sus labios dibujaron una sonrisa de dolor intelectual y de desprecio. Pues uno de los hombres decía:

—Después de la muerte no hay nada.

Y el otro replicaba:

—Después de la muerte, recibimos por nuestras buenas acciones, maravillosas recompensas o terribles castigos.

Y Psicodoro, refugiado en la sabiduría del silencio, cruzó de largo, sin tratar de enseñar a estos hombres la sencillez hiriente de la Verdad.

(Selección de W. Muñoz)

Próximo artículo: «El niño lisiado».

Un ángel sin alas

por Miguel
R. Valdivieso

(Continuación)

SACERDOTE. — La vida es un relumbrante misterio.

LA MADRE. — Un misterio con espuelas de salitre... Un misterio que cabalga sobre nuestro ser sacándonos la sangre a borbotones por los chorros del dolor.

SACERDOTE. — ¡Tu hijo será prendido!

LA MADRE. — ¿Y eso qué es, padre, consuelo o mal agüero?

SACERDOTE. — Advertencia.

LA MADRE. — Mejor sería que dijese usted a las gentes que la miseria es un ponzoñoso estado de degeneración.

SACERDOTE. — Mujer: ¿no te hablan más que yo mi silencio y mi paciencia?

LA MADRE. — Hay tantas voces aquí dentro que no puedo oír los silencios.



SACERDOTE. — Desciende de tu ira...

LA MADRE. — Suba usted al monte de mi dolor y verá cómo descender es arrojarle al abismo. ¡Mi hijo será prendido! ¿Y qué quiere decir eso? ¿que lo han de ajusticiar? Pues que sea, como usted dice, lo que Dios quiera... Uno más, ¿qué más da?

SACERDOTE. — Calle ese corazón repleto de blasfemias.

LA MADRE. — No puedo callar. ¡Van a matar a mi hijo! Van a asesinar al cadáver de mi vida. ¿Se da usted cuenta, padre, que ni yo misma sé lo que para él será mejor? Si escapa de sus perseguidores, ¿a dónde irá a parar? ¿No hay otras garras que lo sujetan a las profundas prisiones de su alma? ¿Perdona la justicia que no vemos lo que a pesar suyo la justicia de los hombres tuviera que perdonar?

SACERDOTE. — Cuando el hombre arrepentido mira a Dios, Dios perdona.

LA MADRE. — Callemos, padre, callemos. Hablemos de lo que vemos. Y lo que vemos es que mi hijo está acorralado, como lo están su corazón de usted y el mío, por enemigos que pululan dentro de su alma y por los que corren por esas calles de María Santísima... ¿No era eso lo que quería decirme? Lo sé porque mi vida corre la suerte del hijo que en mala hora parí. Lo sé con mi conciencia entre cuchillos y el corazón sobre brasas, y mi mente envuelta en el espanto... Y ahora, salga... Salga a la calle, que aquí viene la novia con su esperanza temblando.

ESCENA IV

LA MADRE, EL SACERDOTE Y ROSARIO

ROSARIO. — (Entrando) Buenas, Padre. ¿Sabe usted algo de Ángel?

SACERDOTE. — ¿Arreglando para la boda?

ROSARIO. — Disponiéndome para el duelo, Padre.

SACERDOTE. — No hay que ser pesimistas.

ROSARIO. — No he visto lo que quería, pero en los ojos duros de las gentes he hallado lo que sé: Que al Ángel se nos lo llevan. Que a mi novio lo van a matar.

SACERDOTE. — ¡Locas, locas, insensatas! ¿De dónde sacáis tanto terror?

ROSARIO. — De sentir la tierra del cementerio en nuestras bocas.

LA MADRE. — De ver unas tapias blancas tendiéndonos los brazos para arrebatarlos lo que nos pertenece.

SACERDOTE. — Confiad en Dios.

ROSARIO. — ¡Ay, Padre! ¿no es más fácil guardar el sol en un tarrito de esencia que confiar en lo que nos dejó de su mano? (De muy lejos se oye una detonación).

LA MADRE. — (Se asoma al balcón). ¡Bastardos de podre y hueso! ¡Chusma al amparo de unos libros! ¡Hijos de putaaa...! ¿Queréis tirar primero a mis entrañas que dejarme oír el bramido de la fiera que desgarré al hijo de mis carnes? Hacedlo si queda un poco de caridad entre las líneas mugrientas de vuestras leyes. Hacedlo con la seguridad de que obtendréis mi bendición. (Se oye otro disparo). Seguíis rugiendo tras él sin acordaros de mí, de mí, que soy la causa de sus delitos, de mí, que soy la raíz de su maldad. ¡A mí, a mí, la primera...!

SACERDOTE. — Señora, por piedad.

ROSARIO. — Nuestras carnes doblan como campanas a la madrugada. Nuestras fuerzas se vierten como agua de cántaros rotos. Nuestra razón no tiene dónde apoyarse porque se quieren llevar a nuestro amor. Vaya, madre, vaya usted hacia el barrio de la Salud. Ángel vendrá por allí. Y si hay piedad en la tierra, que la tengan esas gentes con nosotras y que viva nuestro Ángel.



LA MADRE. — (Precipitándose hacia la puerta, sale). ¡Correría tres veces al Calvario a clavarme tres veces en tres cruces antes de ver muerto el fruto de mi amor!

ESCENA V

SACERDOTE Y ROSARIO

SACERDOTE. — Ten misericordia, Dios. y que la muerte no lo pille antes de obtener la absolución.

ROSARIO. — Rece usted para que viva y vuelva a entregarme su bien.

SACERDOTE. — Rosarito, hija, ¿qué estás diciendo?

ROSARIO. — ¡Ay, Padre! Que si fuera usted novia y tuviera los carbones de sus carnes dispuestos a prender en las llamas del encuentro... Si usted fuese mujer, ya rezaría por sentir, como yo he sentido, el agua tibia de haber conocido varón. Pero cada cual busca lo suyo: usted, un alma, porque es sacerdote de Dios... Y yo busco a mi marido porque soy su mujer.

SACERDOTE. — ¿Qué dices, loca?

ROSARIO. — Lo que oye: su mujer... Nos juntó un poder inmenso — en dormitorios de hierba. — La luna alumbraba arriba — con una caricia inmensa. — Yo era bordón en sus manos — por atajo de estrellas — y todo el campo vivía — con claro ritmo de fiesta. — Yo era arrullo hecho de carne — bajo el pie de su conciencia — y en su mirada me vi — como ángel en la floresta. — Quise gritarlo a los aires — poniendo en mi voz la menta — que bebí de sus amores — aquella noche primera. — Mas vino el viento clamando — con furor, y la tormenta — me pilló cuando intentaba — echar mis nardos afuera.

SACERDOTE. — ¿Y sabías que Angel era un delincuente?

ROSARIO. — Sabía que la sangre me hervía cuando me miraba.

SACERDOTE. — ¿Sabías que caminaba por lugares de impiedad?

ROSARIO. — Sabía que mi vida obedecía a los gestos de su cabeza de sol.

SACERDOTE. — Dios se apiade de vosotras. (Sale haciéndose cruces).

ROSARIO. — (En el balcón). La piedad duerme en la vida como un jazmín en las fauces de un volcán. (Se oye otro disparo lejano). Y mi corazón desmaya — ante el grito que, en el campo, — salta buscando una vida — para herirla en el costado. — La justicia pide sangre — sin hacernos ningún caso — a las mujeres que somos — delirios de un mismo ramo. — Malditas. Somos malditas — porque a las tantas clamamos — por algo que acaso Dios — hace tiempo hubiera dado. (Desde la calle suben voces amortiguadas por el calor de las golondrinas).

VOCES. — ¡A él! ¡Al asesino! ¡Matadle! ¡Al impío, al impío...!

ROSARIO. — Llleven piedras por los aires estrechos de vuestras almas. Acusad con saña a mi amor y yo os maldeciré, como os maldigo, desde el balcón de mi desprecio, a vosotros, los que buscáis la muerte de mi vida. ¡Ay, dónde hallara yo el refugio que te librara de esa cólera bastarda! ¡De qué clase de piedra pudie-

ra yo hacer una torre a tu desesperación! Si mi sangre sirviera para pagar el precio de tu culpa, hasta la última diera, porque te amo, Angel, Angel, Angel... (Angel, que ha entrado poco antes, espera, absorto a Rosario, quien permanece de cara al balcón).

ESCENA VI

ANGEL. — (Entero, viril, pero profundamente tierno): Rosario, amor mío...

ROSARIO. — (sobresaltada): Dolor mío y de tu madre, ¿de dónde vienes?

ANGEL. — De burlar a mis perseguidores.

ROSARIO. — Lástima que no hubieras sabido burlarlos cuando te perseguían dentro de tu alma. ¿No has visto al señor cura?

ANGEL. — He venido por el terrado, como un ángel de verdad.

ROSARIO. — Pobre ángel mío. Pobre ángel sin alas. ¡Cuánto daría de mi vida para que pudieras volar al abrigo de esta tempestad de términos!

ANGEL. — ¿Y mi madre, dónde está?

ROSARIO. — Salió a tu encuentro, a ver si te veía por el Barrio de la Salud.

ANGEL. — No debió salir de aquí.

ROSARIO. — Lo que no debió fué haberte parido.

ANGEL. — Ve, Rosario, y búscala. Es necesario que la vea cuanto antes. ¿Por qué no me esperó en casa?

ROSARIO. — Porque no tenía otro cuerpo que te aguardase en tanto que el primero te buscaba.

ANGEL. — Acabarán sabiendo que estoy aquí.

ROSARIO. — ¿Nadie te ha visto entrar en el pueblo?

ANGEL. — Yo no he visto a nadie, sino a niñas que jugaban a la rueda.

ROSARIO. — ¿Qué ha sido de Jacinto?

ANGEL. — Lo dejé en el monte solo, — como a un Cristo abandonado, — y era una fuente de sangre — sobre unos lirios morados. — Lo dejé mirando al cielo — sin poder abrirse paso — por la fronda que, allá arriba, — de su sangre fué tomando — un rojo-púrpura, intenso, — para hacerle su sudario. — ¡Ay, si su madre lo viera — por sus besos suspirando — queriendo correr a ella — para dormirse en sus brazos! — ¡Ay, cómo la llamaba, con un bramido arrancado — del niño que, en su inconsciencia — vivió siempre dormitando! — ¡Ay, cómo amó a su madre — cuando se vió acorralado — por la pena y por las balas — y el frío del desamparo! — Entonces yo vi en su muerte — mi destino reflejado y lo amé profundamente — a la puerta de su ocaso. — Corre y búscame a mi madre — y vuelve con ella, Rosario, — que quiero deciros luego — quién soy yo, que muero tanto... (Rosario sale apenadísima, desconcertada. Angel oye los gritos de sus perseguidores. Se acerca al balcón, sin asomarse, y magnífico, grita a las gentes). Pegad coques, pegad tiros, pegad doscientas mil puñala-

das. No me vereis en vuestras manos de polvo porque yo mando en mi sangre y de ella me voy a hacer un torrente para bañar mis pies cansados de mis lóbregos caminos. Me culpáis con la acusación de vuestra culpa y yo os maldigo con la maldición de mis delitos. Hacedis cordeles con vuestra piel para ceñirlos a mi cuello, pero mi cabeza sólo caerá tronchada ante el cuchillo de mi maldad. ¿No desmayáis de cansancio cuando correis a la busca de mi muerte? Pues la vereis vosotros como un trueno, porque entre vosotros se hizo y de vosotros fué formada y a vosotros se os dará desmesuradamente. Y maldeciréis vuestra participación en mi condena, el gesto de vuestra necia arrogancia y el momento en que os ensañasteis contra el delincuente, ¡oh, gentuza, gentuza podrida por vuestro propio legalismo! Pero mi vida no se retorcerá en vuestras manos, no, porque aunque no tengo alas para escapar con ellas de vosotros, tengo el coraje de mi perversión para acabar mi carrera en mis manos. Porque yo me hice en mis manos, como dios de mi enorme vida. Y yo acabaré a solas con la misma impostura en que por mí fui formado. (No han dejado de oírse, abajo, extraños, los gritos. La noche fué cayendo dulcemente). La casa. Mi casa. Estoy en el nido de nuestras miserias. Aquí me hice hombre: hombre. En las sombras de la pobreza encontré otro sitio para mis sombras. En el balcón que absorbe los anuncios de mi muerte aprendí a contemplar el horroroso perfil de nuestras vidas... Y ahí están simbolizadas. Trapos, trapos. Trapos lavados y relavados, cosidos y recosidos, doblemente trapos. Trapos de inmundicia para nuestras inmundicias. Trapos sin calor para el frío de nuestra alma. Trapos que desnudan. Trapos que traicionan nuestro falso pudor. Mi casa. Esta es casa de ángeles maniatados. Esta es la casa de un ángel sometido a una horrible esclavitud. Mis pasiones han hecho de mí lo que soy. ¿Y quién soy yo? ¿Un asesino? ¿Un ladrón? ¿Un degenerado sin derrotero? ¿Qué más da! Lo uno me hizo ser lo otro, y no aumentó la perversión mi espantosa soledad. Y, decidme, decidme vosotros, los que buscáis mi vida para pisotearla, ¿no estais en algún modo sujetos a los cepos de mis pasiones? ¿No os sentís subyugados por un recóndito e imperioso deseo de moveros en lo culto? ¿No os injurian las voces de vuestras podridas conciencias? ¿La carcajada del ridículo, de vuestra íntima burla, de vuestro insondable pavor, no se abre ante vosotros, enemigos que deseáis la brevedad de mis días para tratar de satisfacer en vano vuestra insaciable sed de justicia? ¿Os sentireis más ligeros con mi muerte entre vuestros dedos crispados? Pues no, no os dejaré en la suavidad de vuestra falsa justificación, sino que me aniquilaré, con el peso de mi castigo, para extinguir vuestras posibilidades de paz. Y si mío fuese el cielo, en piedra lo convertiría y en pedruscos lo desharía para descargar mi odio infinito sobre vosotros... (Entran agitadísimas, La Madre y Rosario).

ESCENA VII

ANGEL, LA MADRE Y ROSARIO

LA MADRE. — Hijo de mi pecado. Pecado de haber amado a espaldas del amor. Estrella derrotada de mi vida. Sombra sin frescura. Mi hijo.

ANGEL. — (Dejándose abrazar, mansamente, por la madre). ¿Por qué acaricias la carne de tu tormento? ¿Por qué esgrimes la espada de tu cariño para herirte aún más?

ROSARIO. — Te van a prender, Angel. ¡Ay, quién pudiera huir contigo allí donde el temor fuera un puñado de hortigas quemadas!

ANGEL. — Huiremos, huiremos en andas del amor. Echenos, madre, la bendición de Dios antes que la muerte tenga la plenitud de su nombre en mi existencia.

LA MADRE. — Eso debe hacerlo Dios mismo si es que acertamos con la puerta de su morada... ¿Y, vive Dios en parte alguna?

ROSARIO. — Angel, amor... Por la bendita memoria de tu padre, ahuyenta a la muerte con un gesto de hombría... Dile que no y guárdete en mi hueco de esperanza.

ANGEL. — No, Rosario... Huele. Huele bien. El aire huele a muerte, a mi muerte, con vahidos profundos de tierra sedienta. Y quiero que sepáis que si he de acabar, si la justicia de los hombres pide sangre, mi sangre correrá, pero seré yo, yo, quien la haga correr saltando a chorros a mi costado.

ROSARIO. — Irás al infierno y tu cuerpo será sepultado entre los herejes, no.

ANGEL. — Saldré del infierno. Y mientras sea la tierra la que me tenga, ¿qué importa? El cielo se amparará de ella. ¡Pero quién pudiera, al borde del abismo, dar el paso definitivo con el alma impregnada de ternura!

ROSARIO. — ¿Qué me queda en mis manos que darte? Si no eres tú quien la crees cómo podré tener para tí la sonrisa imperecedera?

LA MADRE. — ¿Habré de decirlo yo? Andad, antes de que venga esa gentuza, entrad y reposad a solas, mis hijos, en el lecho que mantuvo tantos años el cuerpo de mis desventuras. Es vuestro.

ROSARIO. — Madre.

LA MADRE. — ¿Qué le hace a la cadena un eslabón de más o de menos? ¿Qué le importa al tallo de la rosa una nueva espina? ¿Qué dirá la eternidad con un día de más si en la eternidad de nuestros actos no hay medida? Si el pecado tomó las riendas de nuestros caballos de pasión, ¿por qué tratar de frenar caballos desbocados?

ANGEL. — (Cogiendo a Rosario del talle van juntos, dulce, líricamente, hacia la alcoba). El campo lo supo todo — bajo las sombras del cielo: — que tú y yo nos desposamos — entre las manos del viento. — Nos vimos los dos prendidos con un alfiler, por dentro, de sangre y amor quebrado — por tu boca y por aliento. — Y eras tú, niña, en mis brazos — un jazmín todo de negro; — una lucecita amarga, — un suspiro en el desierto. — ¿Te acuerdas de

aquella ropa — que vestimos en silencio? — Tú eras mi dueña, y yo tuyo, — y los dos nos vimos presos — en las cárceles del alma — que son prisiones de dentro. — Víctima tú de mi pena — quejido de mi silencio, — déjate querer, hallada — por mis amores, de nuevo, — y yo te daré, Rosario, mi corazón con un beso. (Entran en la alcoba. Más vigorosos se oyen gritos en la calle).

VOCES. — ¡En la casa! ¡Está en su casa! Con su madre y con su novia. Mil duros a quien lo entregue vivo o muerto. ¡A él, al delincuente!

LA MADRE. — Hijo, ahí están para prenderte, pero aquí estoy yo para salvarte. ¿Cuál será el sentir de Dios si Dios mira desde el cielo? ¿Será él como una madre partida y doblegada a la realidad del error de nuestros hijos? Dios, Dios... Yo no tedsafio; pero si a tus oídos alcanzan mis voces de madre aterrada, si estás oyendo la desmesurada pulsación de mi voz, que es lamento de mi alma, ¿querrás Tú abrir una puertecita a mi pobre Angel? ¿Querrás Tú darle un refugio?... Silencio. Sólo me responde el silencio... ¿Cuál es tu modo de hablar, Señor de la Vida? ¿Dónde puede oírse tu voz? Yo quiero hacerme nuevos oídos para entenderte en cada una de todas estas desventuras. Háblame si es que estás callado o permíteme entenderte si nunca has dejado de hablar, por este amor que Tú has tallado en mi corazón de madre, te lo suplico... (La vecina entra, enajenada, como un fantasma).

ESCENA VIII

LA MADRE Y LA VECINA

VECINA. — La tórtola, en el aire, es feliz volando sola.

LA MADRE. — ¡Ay, vecina! ¿Qué han hecho de su Jacinto?

VECINA. — Me lo han cortado, señora, — a raíz, y, sobre el monte, — lo han dejado desangrando — con la estrella de su norte... — Yq ya no tengo un Jacinto — que huela como los hombres — nacido de estas entrañas — que me han abierto de golpe. — Yo ya no tengo qué hacer — en esta tierra salobre — donde la hierba se seca — cuando nace... Ya es de noche — para mis ojos con albas, — de tanto decir su nombre.

LA MADRE. — ¿Y habremos de sucumbir al destino como los escarabajos bajo las pisadas de los asnos? Te han asesinado, vecina. Te han quitado lo mejor de tu vida. Y aún te quedas adormecida, sin arañar con tus garras el rostro de tu presente. Rasga tus vestidos. Rasga tus carnes. Rasga el monte de tu vientre. Rómpele como se rompe la tormenta descargando sus rayos de enojo. Vecina, que el sacrificio cruento de un hijo basta para sumir la existencia en tinieblas...

VECINA. — Murió en su pecado. ¿No es por eso por lo que clama la justicia? Y si la justicia se apacigua lamiendo la sangre de mi negra ovejuela, ¿qué he de hacer sino negarme a

la vida con todo el impulso que ella misma me da? ¿Quiere usted que me vuelva golondrina? ¿O acaso desea usted que vaya por los terrados publicando que la sangre que se bebe el monte es la sangre de mi hijo?

LA MADRE. — Somos un poco más que nada para poder aumentar nuestra triste pequeñez, pero, con ello, ser madre supone tener un cuchillo clavado en la inmensidad de tal insignificancia. Y yo me revelo, yo me alzo contra todo y contra todos. Yo le digo que no al destino y lo que esté escrito lo tacharé con mis manos llenas de sangre... ¿Sabe usted? Mi hijo no se dejará tocar por las zarpas de la ley.

VECINA. — ¿Y si al escapar de esa ley, cae en otra?...

LA MADRE. — Entonces, que tome la postura que, como hijo mío le corresponde...

VECINA. — Mi hijo ya duerme en el monte y un caracol de ternuras infinitas pasea por el albo horizonte de su frente...

LA MADRE. — Mis pies no se detendrían hasta hallarlo en mis propios brazos.

VECINA. — Pero ese monte está entre muchos otros montes y nadie sabría decirme cuál es. No en todos se clavan cruces. Nadie conoce ese monte porque todos están cegados por una falsa, por una odiosa inocencia.

LA MADRE. — Desmenuzaria yo las montañas por dar con la tierra que se bebe lo que pertenece a mi rey.

VECINA. — La gente te detendría abajo, en la calle miserable de tu vida y te gritaría: «¡Está loca! Aún quiere arrancarle a la tierra lo que la tierra le exigió como precio de impiedad, loca, loca loca!» (Sale).

ESCENA IX

LA MADRE Y ANGEL

LA MADRE. — Hijo, hijo. Ven a los brazos de tu madre. La justicia pregunta por ti y yo quiero devolverte a la eternidad. Nadie destruirá el nardo donde puse lo mejor de la savia de mi vida. Ni tú mismo, corazón mío, correrás con la suerte de disponer de lo tuyo. Si no puedo ganarte el cielo, te evitaré por lo menos la eternidad del infierno. Ven, hijo, ven. Que vienen los hombres justos.

ANGEL. — (Saliendo de la alcoba). Que venga el justo a decirme — cómo blanquea la nieve, — cómo se envuelve la luna — en el pañuelo de siempre, — cómo palpita el rocío — en la hierba limpia y verde, — y dónde está la pureza — de mi azucena de muerte. — Que venga en la luz dormida — el tirano, con sus huestes — a acusarme de ser causa — de hacerle sombra al oriente.

LA MADRE. — Escapa. Que están a la puerta.

ANGEL. — La salida está en mi mano. Mírala (Muestra una navaja ensangrentada). Aquí tengo, sin cauces, la vida que quise hacer mía en un pacto de amor perdurable.

LA MADRE. — Mis ojos no ven más que un

crepúsculo espantoso, Angel. ¿Qué has vuelto a hacer con tus manos perversas? ¿Fué así como te parió la virtud sempiterna de mi vientre? ¡Asesino de mi vida! ¿Dormiste a tu pobre novia, a tu mujer, con un abrazo de muerte?

ANGEL. — Dormitaba a mi vera con dolor de despertar.

LA MADRE. — Y has cortado el tallo de su esperanza con la navaja de tus villanías.

ANGEL. — Es la navaja de nuestros antepasados.

LA MADRE. — ¡Oh, maldición, maldición! ¡Oh, cielo sin razón de cielo y amor sin razón para comprender! ¡Oh, ternura que me devora y furia que me entenece...! ¡Oh, poder de vivir la agonía de mi locura! ¡Oh, sangre! ¡Ay, hijo! ¿Y qué vas a hacer ahora?

ANGEL. — Preguntarte, madre si tú crees que hay perdón para tí.

LA MADRE. — Te diré que sí, ¿Y luego?

ANGEL. — Correrás, con Rosario, sus mismos caminos de sombras.

LA MADRE. — Insensato. Corazón mío.

ANGEL. — Madre.

LA MADRE. — Hay una rosa en el valle. Que no sea quimera, Dios. Cayó la noche... ¿Quién prepara la cena de los niños que jugaron a las esquinas y a la rueda? El aire muere de mi entraña con olor de madreselvas. Anda, Angel, dame la navaja cuya hoja debiera mil veces haber herido el corazón de quien la arrancó de las piedras de las minas.

ANGEL. — No: ¡antes atravesaré con un impulso de amor desesperado tu querido corazón...!

LA MADRE. — ¿Dónde concluirás tu carrera?

ANGEL. — ¡No temas a tu muerte! ¡Y aún menos cuando la muerte viene con la mano de tu hijo!

LA MADRE. — ¡No temo a mi muerte! ¡Temo a la tuya! ¿No sabes que si me hieres con tu navaja no me hieres tanto como me has herido con tu vida? ¿No ves que me quieres quitar toda posibilidad de ayudarte?

ANGEL. — ¿Qué puedes hacer ya que me libre de mí mismo? ¿Qué puedes evitar en el desenlace de mis villanías si en vano tu amor pudo impedir mi caída en la impiedad? ¿Por qué no pagué la culpa antes de haber nacido?

LA MADRE. — ¡Déjame mecerte en mis brazos! ¡Déjame quererte un poco más! ¡Déjame cantarte la copla del ruiseñor de oro! Deja que bese tus párpados y que pueda quedarme arrobada en tu sonrisa de niño...

ANGEL. — ¡Ay, madre, calla! No me ofrezcas lo que más me incita a verte acabar junto a mí... ¡Ahora, en tu cariño puedo percibir, para tortura de mi alma, el terrible sufrimiento que te devora! Por eso quiero ser yo, madre, quien te ayude a escapar por esta puerta, ¿sabes?, por esta puerta... (Levanta el brazo blandiendo la navaja ensangrentada).

LA MADRE. — ¡Hijo mío!, por amor a ti mismo y por mí: ¡detente!

ANGEL. — (Con el brazo libre sostiene a su madre quien se mantiene con dulzura inaudita a su lado, y al sentir el tierno contacto de ella, deja caer el brazo derecho, con la navaja mientras inclina su cabeza sobre la de la mujer. Sin esfuerzo, se deja quitar la navaja. Llama brutalmente a la puerta. En un arrebato de desesperación se precipita al balcón y, con actitud de arrojarle a la calle, levanta su cabeza al cielo). ¡Eh, cielo de los cielos: lugares invisibles que sois morada de Dios! ¡Abrios si os podéis abrir, porque habla un hombre! ¡No, un hombre no, un asesino! Y tú, Espíritu Eterno, seas lo que seas, oye lo que te dice este villano: Si eres magnífico en piedad y en misericordia ten de todo ello un poco para mí! Mi villanía es más poderosa que yo mismo, pero no puede serlo más que Tú. ¡Dilo, dime, si tales palabras corresponden con tu rango y tu sentir, que hoy me tendrás contigo en aquel lugar que la gente llama el paraíso!

LA MADRE. — (En el colmo de la desesperación, sin comprender al hijo, corre decididamente hacia él y enloquecida por su propia acción, hiende la navaja en su espalda, impidiendo que Angel caiga a la calle). — Me toca a mi librarte del mismo infierno por el pecado de disponer de tu vida! ¡Y a mí me toca impedir ver pisoteado tu orgullo! ¡Cuando Dios está lejos, quien manda en la vida de un hijo es su madre!

ANGEL. — (Agonizando en los brazos de la madre, cerca del balcón). Pero ya no era necesario, madre... En mi corazón de impío acababa de oír una clara respuesta... Pero está bien, ¡has hecho bien! mi pobre vieja. Me gusta verte a mi lado ahora que se me va la vida en sangre, como lo estabas cuando la vida me venía a chorros de tus senos... ¡Madre, madre: ¿sabes que el cielo está ahí, al lado, muy cerquita...? (Muere.)

LA MADRE. — (Lírica, liberada.) ¡Ay, cielo que sólo está — siempre pendiente del alma, en el cuendo de mi mano, en un lugar de mi entraña! — ¡Cielo blanco que esconde — entre un celaje de ramas! — ¡En un vuelo de ilusiones, — o en un perfume de albahaca! — Tal cielo es un duendecillo — que muere toda esperanza — y pregunta al cielo mismo — quién lo habrá en el agua... (Permanece, postrada, con el hijo en sus brazos. La puerta de la calle se abre y entran gentes que permanecen en una absoluta penumbra, como sombras). ¡Tiradme piedras por dentro! — ¡Mordedme esta carne vieja! ¡Abridme más las entrañas — con la denuncia certera! ¡Justicia de hierro tierno, — ley de polvo, ley de arena — ensáñate con la muerte — que me corre por las venas! — El hijo de mis caricias — viene a ser flor, en la ausencia, — porque yo, que lo he parido, — vuelvo a entregarlo a la tierra...

VOCES. — ¡Hiena! ¡Maldita! ¡Bruja de mil demonios! ¡Suelta la navaja! ¡Entrégate a la justicia!

LA MADRE. — ¡Estoy en las manos de mi

propia perdición! ¿Qué más podréis hacer sobre mi cuerpo que anhela volverse polvo? ¡Ahí tenéis la navaja que haga vertir mi sangre donde corre ya sin fuerza la sangre de mi pobre impío! ¡Herid con fuerza, que os espero con una sonrisa de imponente gratitud! Y debéis saber que estoy contenta, contenta, porque mi crimen y mi dolor retumbarán en vuestras conciencias mientras os mantengáis en los patinillos hediondos de vuestras vidas! Me alegra saber que una espina, amarga, ponzoñosa, quedará prendida en las carnes pringosas de vuestros propios delitos... Y he burlado vuestra justicia con el poderío de mi mano, despojándome yo sola de lo que a mí me pertenecía... A mi Ángel no lo pudisteis cazar en el monte, como a un conejo; ni lo tendréis ya, para sacrificarlo, en el garrote vil o en el altar de vuestras disposiciones. ¡Lo sacaréis de aquí como a un caballero, en vuestros hombros, e inclinareis vuestras cabezas ante la quietud dulcísima de su gesto definitivo!

UNA VOZ DE ANCIANA. — ¡La vida es de Dios, maldita!

LA MADRE. — La de mi hijo era mía... ¡Y cuando Dios está ausente...!

ESCENA X

LA MADRE, EL SACERDOTE, GENTES

SACERDOTE. — (Adelantándose de entre las sombras, se hace cruces). ¡Dios no se ausentó jamás...! ¡Insensata! ¡Y tu hijo irá al Infierno!

LA MADRE. — ¡Si Dios no se ausentó, El dispondrá lo que sea! ¡El dará la última orden! ¿Pueden nuestras opiniones y vuestras creencias cambiar sus designios? ¡Si Dios está cerca, que mire y vea lo que hay en nuestras manos, en las mías y en las vuestras! ¡Muerte! ¡Muerte! ¡Y la muerte, ¿cabe acaso en su mirada? ¡No! ¡Mi hijo no irá al infierno! ¡Ya lo estaba en las garras de sus delitos! ¿No lo visteis retorcerse en la quemazón de sus pecados? ¿No

sentisteis sus propias quemaduras cuando lo acusabais y lo perseguíais para lograr su completa perdición? ¡Ahora mi hijo está libre, libre, con alas nuevas de gloria! ¡Dios se las ha debido dar si es que está cumplida su justicia!

UNA VOZ DE ANCIANA. — ¡Estás loca, el dolor te enloquece! ¡Haced callar esa boca!

LA MADRE. — ¡Esta boca no callará ya nunca! ¡Porque si no la oís más desde este balcón gritándoos cada día, la tendréis clavada en el centro de vuestras conciencias...! ¡La oiréis al rayar la aurora, mezclada con el canto de los gallos; a medio día con el machacar de vuestros almireces; de tarde, cuando las campanas anuncien el ángelus y en medio de la madrugada, cuando os ladren, con luna, los perros de los cortijos... Me complazco en mi venganza a la par que el dolor taladra mi ser de arriba abajo, de derecha a izquierda, porque en mis manos he muerto con lo mejor de mi existencia: mi hijo: (Canta, con inmensa ternura.) Duérmete ya, mi vida, duerme — que a tu lado está tu madre, — velando tu sueño limpio — de nardo tierno y fragante. — Duérmete con alegría — de pájaro entre el follaje — de una existencia florida... — ¡Duerme en la luz de mi sangre! — Y cuidaré que tu noche — te prenda, como a un diamante — en una corona eterna — para tu cabeza de ángel. — La tarde cayó y ya, nunca — volverá a caer tu tarde — con los niños que te han visto — volar al fin, por el aire... — La plaza ya está desierta, — y vacías, en las calles, — se preguntan las esquinas — si habrán gentes que las guarden. — Duérmete por vez postrera, — entre mis brazos de alambre, — sin ojos que te persigan, — sin dedos que te señalen, — sin fusiles que te apunten, — ni gentuza que te ladre. — Porque quien cuida tu sueño — con manos de amor radiante, — es una rosa sin sombras — que ha prendido ya en tu madre. — (Inclina su cabeza para dejarla, muy dulcemente, sobre la inmóvil cabeza del hijo.)

FIN



VERSIONES

por DENIS

EL LADRON

ERASE un ladrón escrupuloso, escrupuloso por escrupuloso ladrón.

Nadie habría dicho que era un ladrón. Lo mismo para la comadre de la esquina que para el ministro encargado de que no haya ladrones, un ladrón es hombre ineducado, malcarado, sin principios. No se asusta a los niños, desde la infancia de la humanidad, diciéndoles que viene el ladrón — a veces se les dice que viene el coco, pero ellos saben que coco quiere decir ladrón —, sino por esa idea común a las comadres y a los ministros. Y a no importa quién.

Ni comadres, ni ministros, ni no importa quién habría tomado por ladrón al ladrón de esta historia. Hombre cortés, como pocos, simpático, y si no de principios con maneras que los sustitúan, acaso con ventaja.

Su trato — cuantos lo trataban daban fe de ello — era agradable, extremadamente agradable. Generoso — en algo se había de parecer a los ladrones que han logrado fama —, siempre tenía su bolsillo abierto para una necesidad conocida: de amigo o de extraño. Bastaba que de ella se le hablara para que se apresurase a remediarla.

No le había hecho el peligro, si es que peligro había en el ejercicio de su profesión — llamaba a su trabajo profesión —, egoísta. Como no juzgaba de los demás lo que los demás poseían, tampoco juzgaba suyo lo por él poseído. Ladrón ejemplar, si no fuera excesivo unir esas dos palabras.

No era corredor de mujeres, otra cualidad que le distinguía de los ladrones tal como los ladrones son para las comadres, para los ministros y para no importa quién. Hacía una vida discreta, parecida a la de mil gentes discretas. Se levantaba a mediodía, como un rentista — un rentista se creía que era —, pasaba la tarde en el café, con los amigos, iba al teatro — nunca al cine: le daban náuseas los ladrones de cine, tan finos (no había en él prenda de más precio que la fineza) — y después, a altas horas de la noche, o a pri-

meras horas de la madrugada, cuando todos, o casi todos los habitantes de la ciudad estaban entregados al sueño, dedicaba unos momentos, sólo unos momentos a su trabajo.

Le bastaban esos momentos de esfuerzo para vivir como vivía: desahogadamente. Y para tener a disposición de otros, menos afortunados, ayuda nunca regateada. Alguna vez seguida de consejo amistoso, sin otro fin que el de ayudarles también a vencer las dificultades. Daba el consejo después de la ayuda: nunca antes. Era fino, y delicado, aunque ladrón. Y jamás aconsejaban le imitaran: no era vanidoso.

Por fino y delicado, era ladrón. No había recurrido a este medio extremo de ganarse la vida si no tras haber ejercido múltiples profesiones. Sus escrúpulos, en todas, le llevaron a abandonarlas. Acabó por hacer lo que en todas tenía que hacer, y sólo así tranquilizó su conciencia. Nada aborrecía tanto como la hipocresía. Descubrir el modo de hacer francamente, y con riesgo, aquello que antes tenía que hacer hipócritamente, y sin riesgo, le salvó del menosprecio para sí mismo. A pocos juzgaba capaces de seguir camino tan recto (el lenguaje es difícil). Ni les hablaba de él. Aconsejar se haga lo que hacemos es de una inmodestia ofensiva.

Para las tareas poco delicadas de su profesión — en todas las profesiones hay tareas poco delicadas: lo sabía por experiencia — tenía un ayudante. Siempre lo había tenido en sus otras profesiones. Ladrón, como él, tampoco parecía ladrón. Seguía las indicaciones de su patrono — que no era patrono, que era asociado: compartían enteramente los beneficios — como un obrero sigue las de su contraamaestre, más patrón de él, sin serlo, que el ladrón de su ayudante.

Esperaba éste al ladrón, con los útiles propios para su trabajo, en la puerta del teatro. El ladrón durante el día, había trazado el plan, sin ponerse a trazarlo: mientras charlaba con sus amigos en el café, o en tanto que tal o cual actor gritaba en la escena el furor de alguna pasión. No había otro teatro para él que el grande: nada de frivolidades. La vida es cosa seria, no cómica. No hay risa que valga ante ella, salvo la del humorismo, que no es cómica, que se eleva a las cumbres más altas de lo trágico, que está a tono con la seriedad de la vida.

Embebido en la pasión que había llevado a las tablas cualquiera de sus autores preferidos, percibía, sin proponérselo, indudablemente por hábito profesional, una dama que podía lucir menos joyas de las que lucía, o un ricacho a quien nada podía importar encontrarse al día siguiente con unos cuantos billetes menos. Y ya estaba trazado el plan. Terminada la representación del drama, se dirigía, con su ayudante, al domicilio de



la dama o del ricacho. Conocía esos domicilios, como los de quienquiera a quien sobraba algo. No había tenido otro quehacer, durante los primeros tiempos de su nueva profesión, que el de adquirir ese conocimiento. Y al día siguiente, la dama echaba de menos las joyas que podía prescindir de lucir, o el ricacho tal o cual cantidad que llevaba consigo o que había depositado en un mueble de su despacho. En este caso, la duda de haberla perdido no era admisible: el mueble, por los cuidados del ayudante del ladrón, no era ya el mismo mueble.

Acudió el ladrón una noche al estreno de un drama de autor contemporáneo. No esperaba gran sorpresa en las tablas. Fue, más que al estreno, a la busca de caza. Llevaba una semana sin trabajar — podía permitirse frecuentemente tales descansos — y en los últimos días había tenido que acudir en socorro de no pocas gentes. Avisó antes a su ayudante, para que le esperara como de costumbre, y una vez sentado en su butaca paseó la mirada en torno para ver a quién podría visitar horas más tarde. No perdió mucho tiempo en la elección. La tenía ya hecha cuando se levantó la cortina.

Contra lo que esperaba, le sorprendió el suceso llevado a la escena. El protagonista era un ladrón, no como él, pero sobre el cual el autor volcaba todas sus simpatías. Reacción frecuente, aunque no frecuentemente observada: se elogia aquello que no se es, o que no se cree ser.

Era el dramaturgo muy rico. Abandonó el ladrón la caza ya elegida, y pensó rendir al hombre que con tanta simpatía se inclinaba sobre un ladrón. Acaso escribiría, por el hecho, otro drama en que el ladrón saliera malparado. Sonrió ya, imaginando el drama todavía no escrito. Sonrió, a poco, nuevamente, imaginando que el dramaturgo le sorprendía. Escena no cómica: humorística. Como a él le gustaban. Con toda la seriedad de la vida.

Fué real lo imaginado. El mueble donde, sin duda, el dramaturgo guardaba el dinero, se resistía. El ayudante del ladrón, poco acostumbrado a resistencia pareja, se lanzó sobre él, como sobre un enemigo, dispuesto a vencerle. Gritó el mueble, al ser violado, como una moza de otro tiempo en igual trance. Y el grito del mueble hizo aparecer, no se sabía por dónde venido, al dramaturgo.

— ¡Hombre, hombre! — exclamó.

— Excuse usted que le hayamos despertado — dijo el ladrón.

— Excusados, excusados — se apresuró a decir el dramaturgo, un poco temeroso ante dos hombres capaces de quién sabe qué.

— ¡Tiene usted unos muebles tan antiguos! — dijo dulcemente el ladrón —. ¡Buen gusto, buen gusto! No lo habría sospechado. ¡Es tan difícil no dejarse arrastrar por lo moderno!

El dramaturgo miraba al ladrón con asombro que crecía, que se desbordaba.

Balbuocé, por fin:

— Yo tampoco habría sospechado encontrar un ladrón como usted. Me pide excusas por haberme despertado, no por lo que aquí le ha traído.

— No se piden excusas de ejercer la profesión que se tiene.

— ¡Profesión, profesión! ¿Llama usted profesión a...?

— A mi profesión. He llegado a ella tras haber ejercido otras semejantes.

— ¿Semejantes?

— Sí, semejantes. No se trata, en todas sino de traer a nuestro bolsillo el dinero que está en otros bolsillos. Se hace eso por mil procedimientos, nunca limpios. Y, además de no limpios, hipócritas. Por horror a la hipocresía, he acabado en ladrón.

— ¿Por horror a la hipocresía?

— Sí, por horror a la hipocresía. Soy abogado. Lo fui poco tiempo. No está en mi carácter enredar siempre a las gentes. Monté, al dejar de ser abogado, un negocio.

— No diga usted nada más.

— No es preciso, no, decir nada más. Intenté después muchos otros modos de ganarme la vida. Constantemente llegaba al mismo resultado. Si quería salir adelante, tenía que hacer mío el dinero en poder de otros. Pero con astucia. Mintiéndolo. En una palabra, hipócritamente. No pude más. Tenía que salvarme del desprecio que nacía en mí para mí mismo.

— Y...

— Y por fin hago, con franqueza, lo que siempre hice con engaño.



MICROCULTURA

1015. — Se llama satélite a los cuerpos celestes opacos que solamente brillan por la luz que reciben y reflejan del sol y que giran alrededor de los planetas.

1016. — La ciudad de Venecia está edificada sobre tres islas del Adriático y separada del mar por una larga faja de tierra llamada el Lido.

1017. — Muchos ríos, como el Guadiana en España, presentan la particularidad de perderse en un sitio cualquiera de su curso.

1018. — El nombre de Groenlandia o «país verde» le fue dado por Enrico el Rojo, su primer colonizador (1007).

1019. — La Tierra tiene un satélite, la Luna; Marte dos, Júpiter nueve, Saturno diez, Urano cuatro y Neptuno uno.

1020. — En 1903 falleció Gaspar Núñez de Arce, poeta español, autor de «Gritos de Combate», «El vértigo», «La pesca», etc., verdaderos joyeles de la literatura castellana.

1021. — Medusa, según la mitología (historia de los dioses paganos) era una de las tres Gorgonas, hermanas que tenían una cara horrible y una cabellera de serpientes.

1022. — Murió en 1899 el orador español Emilio Castelar, quien conquistó su popularidad la primera vez que habló en público (1854).

1023. — El platino, que los conquistadores españoles llamaron «oro blanco» fue descubierto por los indígenas de América del Sur.

1024. — Juan Jacobo Rousseau nacido en Ginebra, autor de «Julio o la Nueva Eloisa», «Emilio», «El contrato social», «Confesiones», etc., fue uno de los precursores de la revolución francesa (murió en 1778).

1025. — La boca es la puerta de entrada de gérmenes infecciosos que ocasionan trastornos en todo el organismo.

1026. — El diplodoco, animal antediluviano, forma parte del grupo de los dinosaurios, reptiles que vivían en la tierra en épocas remotísimas (media más de diecisiete metros de largo y era herbívoro).

1027. — Enrique Montes fue el primer español que viajó por las tierras del Plata, pues desertó de la expedición de Juan Díaz de Solís; respetado por los indios vivió numerosos años.

1028. — La investigación médica ha demostrado que la glándula tiroides actúa como termostato.

1029. — En 1910 el suizo Gockel subió en globo a cuatro mil quinientos metros de altura.

1030. — Francisco Chambirol fue un gran amante de los árboles en Francia, ayudó a la forestación de las Landas.

1031. — Existen ya ascensores electrónicos que trabajan sin ascensorista y son mucho más seguros, rápidos y eficientes que los manejados por el hombre.

1032. — El 10 de enero de 1920 empezó a actuar la Sociedad de Naciones en Ginebra.

1033. — En 1934 fue decapitado en Alemania el comunista holandés Marino van der Lubbe, a quien se acusó

de haber sido el autor del incendio que destruyó el edificio del Reichstag, En Berlín.

1034. — Un «enanter» es una hierba de la familia de las umbelíferas.

1035. — En enero de 1939 cayó Barcelona en poder de una soldadesca asesina, iniciándose así el epílogo de la segunda república española.

1036. — El 2 de enero de 1937 desapareció en el Pacífico la aviadora Amelia Earhart.

1037. — A principios de 1957 murió la eximia poetisa chilena Gabriela Mistral, la que escogió su seudónimo (su verdadero nombre era Lucila Godoy Alcayala) por admiración al poeta francés Federico Mistral.

1038. — Según H. G. Wells, 6 000 años antes de Jesucristo existían ya comunidades civilizadas en el valle del Nilo.

1039. — La floricina es un glucósido amargo, extraído de la corteza del manzano y del peral.

1040. — La «geoponía» es sinónimo de agricultura.

1041. — Bayle en 1684 describió la afinidad química.

1042. — Se entiende por «harbar» hacer una cosa deprisa y atropelladamente.

1043. — El 29 de septiembre de 1864 nació el escritor español Miguel de Unamuno.

1044. — Un gabejo es un haz pequeño de paja o leña.

1045. — En 1876 nació el famoso escritor norteamericano Juan G. London, universalmente conocido por su seudónimo de Jack London.

1046. — El 10 de enero de 1941, Rusia (Stalin) y Alemania (Hitler) firmaron un pacto de amistad, estando el mundo en plenas hostilidades.

1047. — El «sen» es un arbusto del Levante, de la familia de las leguminosas.

1048. — El 12 de enero de 1945 la soldadesca nazi retrocedió cincuenta kms. en Bélgica, iniciándose así el principio del fin para la aventura sangrienta del «nacional-socialismo».

1049. — El 12 de febrero de 1541 el español Pedro de Valdivia fundó la ciudad de Santiago, hoy capital de la República de Chile.

1050. — La «dendrografía» trata de los árboles.

1051. — Los plásticos están siendo mejorados al incorporarles grasas animales modificadas químicamente.

1052. — La «colomina» es un pececillo no comestible, muy abundante en ríos y arroyos de Costa Rica.

1053. — Algunas aplicaciones del ácido fosfórico comprenden fertilizantes, detergentes sintéticos, suplementos alimenticios para animales, alimentos y bebidas, limpiadoras de metales, etc.

1054. — La ópera «La Samaritana» fue compuesta por Ignacio Javier de Seyfried, compositor austriaco.

1055. — El análisis de laboratorio del contenido de sodio de los plátanos mostró que esta fruta se adapta bien a la dieta pobre en sodio requerida por pacientes con enfermedades cardíacas, congestivas y cirrosis.

1056. — Se entiende por «peaje», derecho de tránsito.

CRITICA DE AYER Y DE HOY



«He estado hoy en tres exposiciones: la de los simbolistas, la de los impresionistas y la de los llamados neoimpresionistas; he mirado todos los cuadros con mucho cuidado y concienzudamente, pero todos me han producido igual estupor. La más comprensible de las tres exposiciones me pareció la de los impresionistas. Sin embargo, allí vi obras de cierto Camilo Pizarro, cuyo dibujo era tan indeterminado, que no había modo de saber hacia qué lado estaban vueltas una cabeza o una mano. Los asuntos eran, generalmente, «efectos»: «Efecto de niebla, Efecto de tarde, Sol poniente». En el color dominaban el azul y el verde intensos. Cada cuadro tenía su color especial del que estaba, por decirlo así, inundado. En la «Niña que guarda ocas», el color especial era el verdín, y por todas partes había manchas de ese color: en el rostro, en el pelo, en las manos, en los vestidos. En la misma galería había otros cuadros de Puvis, de Chavannes, de Manet, Monet, Renoir, Sisley, Redón, todos impresionistas. Uno de ellos había pintado una cara toda azul. He visto también una acuarela de Pizarro hecha con manchitas de todos los colores. Es imposible distinguir el color general ni acercándose ni alejándose del cuadro.

Después vi a los simbolistas. Traté primeramente de examinar sus obras sin pedir explicaciones, deseando comprender por mí mismo lo que significaban. Pero son obras incomprensibles. Una de las primeras cosas que atrajeron mis miradas, fue un alto relieve en madera ejecutado con torpeza increíble y que representaba a una mujer desnuda que hace brotar con sus manos torrentes de sangre de su seno. Corre la sangre y se convierte poco a poco en un líquido de color violáceo. Los cabellos bajan primero, luego vuelven a subir y se convierten en un árbol. La cara es toda amarilla, menos los cabellos que son negros.»

LEON TOLSTOI

Bajo el signo de ESTUDIO Y RECREO

CENIT ofrece a sus lectores las obras siguientes:

EN CASTELLANO:

«El origen del hombre», Darwin	1 20
«Hombres y dioses», Saint-Victor	3 00
«José Mazzini», Bolton King	5 00
«La campana de Nagasaki», Dr. P. Takashi ..	3 30
«La cantera», T. Yáñez	2 00
«La CNT en la revolución española t. I y III. J. Peirats (el tomo)	9 00
«La cosecha del dragón», U. Sinclair	8 40
«La chica de Agen», E. Roberts	4 20
«La edad del hombre», J. M. Sarobe	4 00
«La mujer en el mundo antiguo», R. Signorelli ..	2 50
«Languidez», Alfonsina Storni,	1 75
«La patria», Emile Faguet	3 25
«La reconstrucción de Europa», P. Lenoir	10 50
«Los dientes del dragón», U. Sinclair	5 00
«Los fundamentos de la ciencia económica moderna», Viterbo	7 00
«Los fundamentos de las neurosis de la infancia», F. Hamburger	7 00
«Los fundamentos de la Geografía económica de América», Santillán	7 00
«Los fundamentos del cooperativismo», F. C. Be- nedicente	7 00
«Los fundamentos del nuevo derecho», Cabanellas « Los principios del pensamiento correcto », C. H. Patterson	5 50
«Los siete pecados», (Antologías)	7 00
«Los titanes del epistolario amoroso» (anaconda) ..	6 00
«Luis Vives», A. Lange	5 00
«Manual de lechería», Bouret	4 00
«Manual del fabricante de velas de sebo»	1 75
«Más allá de los Montes Urales», J. Scott	2 00
«Mascarilla y trébol», A. Storni	3 50
«Método de inglés», F. T. D.	3 00
«Mi amiga Flicka», O'Hara	1 00
«Misión presidencial», U. Sinclair	3 40
«Novísimo arte de tocar la guitarra» (Bouret)	8 40
«Obras completas», Barret (3 tomos)	1 50
«Principios metafísicos del Derecho», Kant	22 00
«Progreso y evolución»	4 25
«Psicología de la forma», W. Kohler	6 00
«Psicología y educación», R. Reyes	7 50
«Senilia», I. Turgueniev	3 10
«Sinfonía de los siglos» (poesías), F. S. Figola ..	1 50
«Socialismo liberal», C. Roselli	1 50
«Stuart Mill», H. Taine	2 00
«Teatro completo», R. Facheco	5 25
«Trabajos», G. Navel	5 00
«Traición y unidad del idioma», A. Herrero	3 25
«Tratado de la creación», C. Lugo	2 50
«Tratado del Canal de Panamá», D. A. Porra ..	5 00
«Una clara llamada», U. Sinclair	3 00
«Un árbol crece en Brooklyn», Betti Smith	8 40
«Voltaire», A. Labriola	7 00
«Walt Whitman», Luis Franco	5 00

EN FRANCES

«Anthologie de l'objection de conscience», H. Day ..	3 30
«A toutes fins inutiles», L. Campion	1 50
«Aux orties», H. Ryner	7 50
«Bahia de tous les saints», Amedo	3 40
«Bertra», J. C. Mathieu	2 40
«Bulles bleues», Maeterlinck	2 40
«Caractères», La Bruyère	2 00
«Ciel plein d'étoiles», Barbedette	1 40
«Contes d'un rebelle», M. Devaldès	1 00
«Coopératives et socialisme», C. Mutschler	1 50
«Cours d'économie politique», Gide	6 00
«XVIII siècle», E. Henriot	2 60
«Discours de la servitude volontaire», La Boétie ..	3 30
Durolle, F. Planche	1 50
«Entre Austerlitz et Orsay», P. V. Berthier	0 50
«Ethique», Spinoza	2 40
«Face au public», H. Ryner	3 00
«Faust», Goethe	2 50
«Feu la Liberté», Gignoux	1 50
«François Villon», G. Las Vergnas	3 50
«Grimaces humaines», Bracco	2 50
«Hommage à Eekhoud», H. Day	1 80
«J'ai mon Eliacin», H. Ryner	7 00
«Jeanne d'Arc», H. Ryner	4 50
«Jusqu'à l'âme», H. Ryner	4 50
«La céramique», Giacometti	2 80
«La cité future», Tabouriech	4 20
«La closerie des gènes», F. Soulié	2 50
«La Commune de Paris», Balkanski	0 75
«La coopération nouvelle», Poisson	1 50
«La face nord», E. Freud	1 50
«La grande méthamorphose», Gille	1 50
«La honte du siècle», Abbé Cassis	6 00
«La meute du Tsar», Tolstoi	3 00
«La mort de Han Ryner», Maurelle	4 00
«L'amour heureux», Dénal et Dubal	3 00
«L'amour libre», C. Albert	3 60
«L'amour plural», Han Ryner	3 00
«La nouvelle classe dirigeante», Dfilas	4 00
«La physiologie morale», Chaterton	3 40
«La question sociale», Deschanel	2 50
«La tétralogie», Wagner	2 50
«La tour des peuples», H. Ryner	4 50
«L'autre monde», Maeterlinck	1 80
«La véritable révolution sociale», Faure	2 50
«La vie de Pizarro», Baudin	3 00
«La vie d'une femme», Bouhetier	3 00
«Lectures dramatiques», Kemp	2 00
«Le cycle éternel», Barbedette	1 40
«Le droit de guérir», Gastin	1 90

Pedidos a M. CELMA (S. L.) 4, Rue Belfort 2ème - Toulouse (H.-G.)